Año 1 Buenos Aires, Julio de 1915 Núm. 2

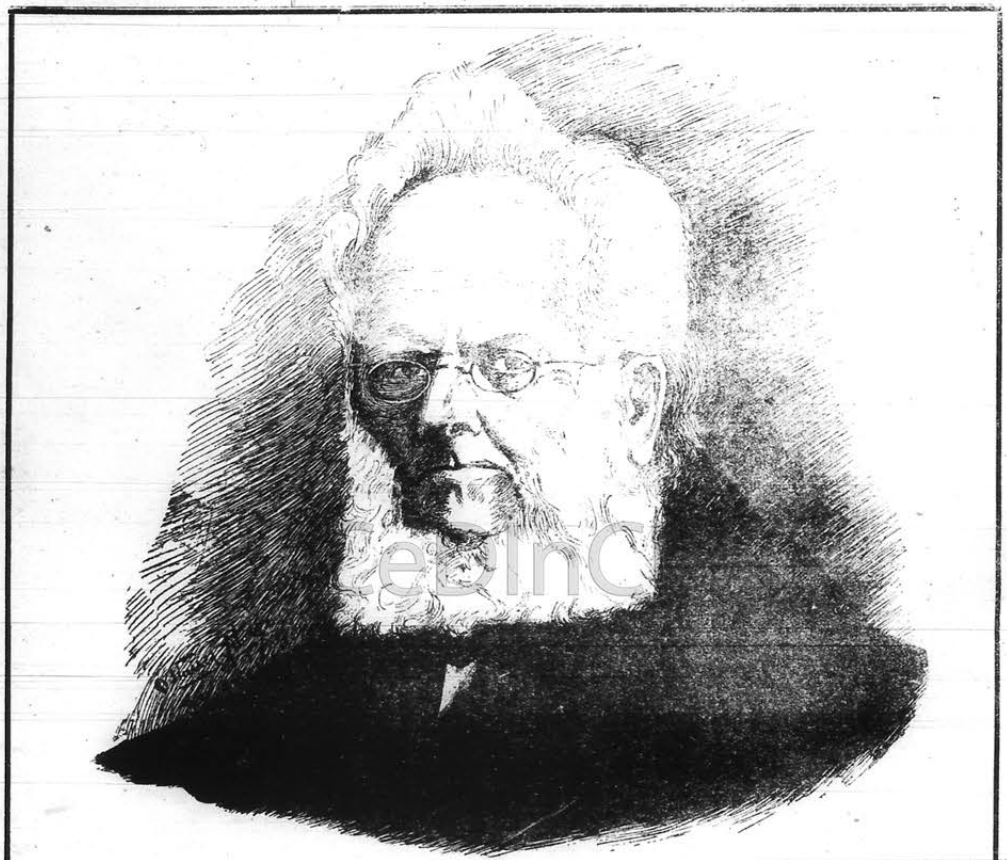
# LA OBRA

PUBLICACION QUINCENAL ILUSTRADA

Oficinas: CALIFORNIA 1955
U. T. 317, Barracas

Precio del ejemplar: 10 centavos
Suscripción trimestral: 0.50

Correspondencia de redacción
a F. GIL



IBSEN

*Dib. de Núñez Abrego*

Después de Bakounine, que es la acción, Ibsen que es el pensamiento.

Vino de las remotas comarcas del Norte, olvidadas del sol, de donde salieran aquellos atrevidos argonautas que enderezaban la proa audaz hacia los horizontes desconocidos o descendían como bravo oleaje sobre las civilizaciones enfermas del mediodía.

En el «viejo mastodonte escandinavo» reviven el coraje indómito y la áspera energía de sus ancestrales normandos. Bárbaro genial, no hay respeto humano ni divino que lo detenga. Y frente a las grandes complicidades sociales, — justicia, política, religión — su figura se recorta con gesto rotundo de luchador.

No busquéis en su teatro el drama fino, de lenguaje literario y situaciones complicadas. ¡Qué le importa a él los clásicos y la estética! Otra misión más alta lo reclama. El ha escuchado el amor de las vidas aplastadas bajo la carga del deber; y llevará esas inquietudes a la escena, en su realidad palpitante, con el vulgar lenguaje de todos los días.

No el escritor diestro; no el dramaturgo hábil. El es ante todo un rebelde que brega por abrirse paso a través de la mentira convencional para recuperarse y ser él mismo contra todos, a pesar de todos. Tanto mejor si se queda solo; será por lo mismo más fuerte.

Y así vemos desfilar por sus dramas, destacándose con vigorosos relieves, tipos de humanidad enérgicos y sinceros, que van hacia la vida plena y libre sin más norma de conducta que su conciencia.

Basan Nora, Hedda Gabler, Brand, el Dr. Stokmann... Todos ellos representan algo más que ficciones literarias; importan algo más que símbolos vacíos de vida; son seres vibrantes, con arranques de pasión, que aman y odian y sufren en la busca dolorosa de sí mismos.

«Enaltecer la absoluta autonomía moral del individuo»: tal fué la obra magna de Ibsen. Puesto en el yunque la realizó valientemente, agresivamente, entre la gritá rabiosa de los viejos ídolos que caían...

Vino de los remotos países del Norte, olvidados del sol; y fertilizando eriales, atropellando vallas, empujando detrictus, pasó por la conciencia de su época con el paso fecundo de los ríos.—Herrera.

I. I. S. G.
COLLECTIE
UGO FEDELI

# ENRIQUE IBSEN. - Poeta. - Dramaturgo. - Intimo

### Epistolario Ibseniano. Carta a Brandés

Me parece que atravesáis la misma crisis que yo cuando me preparaba a escribir «Brand»...

Estoy seguro que encontraréis también el remedio que cura el mal. Producir con energía constituye un excelente tratamiento. Por encima de todo, os deseo un prepotente egoísmo que os haga considerar lo que propiamente os pertenece, como lo único de valor e importancia reales, no existiendo lo demás. No creáis por eso que mi naturaleza sea brutal. Usted no sabría mejor servir a la sociedad moldeando metal, que como lo ha hecho. Yo no he comprendido jamás la solidaridad. La he aceptado como un artículo de fé. Si uno tuviese el valor de deshacerse de ella por completo, se aliviaría uno también del peso más molesto que oprime a la personalidad. Hay momentos en que la historia de la humanidad me parece un gran naufragio, y en que se trata de salvarse a sí mismo. No espero nada de las reformas parciales; pues la verdad es que estamos atravesando por un falso camino. ¿Cree usted que puede fundarse alguna esperanza sobre la situación actual? ¿Sobre el inaccesible ideal y otras majaderías? La inmensa hilera de generaciones me produce la impresión de un joven que ha dejado sus herramientas de obrero para entrar en el teatro. Hemos fracasado en el empleo de los amores y en los papeles heróicos. No tenemos ni una pizca de talento, si no es para los afeminados. Pero ese talento se pierde mientras la conciencia individual se agranda. No creo que en los demás países vayan las cosas mejor que sobre el nuestro. En todas partes los intereses superiores son extraños a la masa.

¡Yo trataría de enarbolar una bandera! Pero eso sería, amigo mío, correr una aventura del género de la de Luis Napoleón apareciendo en Boulogne con un águila en la cabeza. Más tarde, cuando la hora de su misión hubo sonado, no tuvo necesidad del águila. Trabajando en el «Emperador Juliano», me he hecho fatalista. A decir verdad, esta obra es una especie de bandera. No temáis, sin embargo, encontrar en ella una tésis. Estudio los caracteres, los sucesos que se chocan, la historia, en una palabra. Yo no me meto a sacar ninguna moral, a menos que la moral de la historia os dé su filosofía. Es claro que surgirá una moral de la obra; será el juicio pronunciado, en fin de cuentas, sobre las partes que luchan, y su distribución de la victoria. Pero todo eso no se aclarará sino por la ejecución.

### "La Comedia del Amor"

Svanhild y Falk

Falk. — ¡Por fin me veo libre! ¡Ya lo barrí todo a mi alrededor!

Svanhild. — Una palabra, Falk.

Falk (indicándole la casa. — Por ahí se ha de ir. Señorita, por ahí pasaron su madre, su hermana, sus tías, sus amigos...

Svanhild. — Sí, pero mi senda no es la suya: no aumentaré el número de los que le abandonan.

Falk. — ¡Cómo! ¿No se marcha usted?

Svanhild. — No; si lucha usted contra la mentira, yo estaré a su lado como escudero.

Falk. — ¡Usted, Svanhild! Usted, que ayer todavía...

Svanhild. — Yo, sí; la de ayer... Pero ¿acaso es usted el mismo de entonces? ¿No me ofrecía usted como dicha el destino de la caña?

Falk. — Y silba ésta para mi vergüenza. Ahora veo que tenía usted razón; mi obra era pueril. Y a usted debo el haber hallado más noble faena. En medio del tumulto se halla el púlpito de la verdad; allí es donde la voz ha de resonar potente y clara. No se trata ya de contemplar desde las alturas la lucha salvaje, como lo hiciera la diosa Asynia (1), sino que es necesario llevar el sello de la belleza en el corazón, como San Olaf llevaba la cruz en la armadura; es necesario abrazar con la mirada la inmensidad del campo de batalla y tomar luego parte en ésta. Conservar su tranquilidad, ver claramente en la negrura. Eso es lo que a un hombre conviene!

Svanhild. — Y eso lo hará usted cuando esté solo, cuando sea libre.

Falk. — ¡No: es necesario hacerlo entre la multitud! He ahí la tarea. ¡Terminó el pacto de soledad que había hecho con el cielo! ¡Concluyó mi vida de poeta consumiéndose en un aposento! ¡Mi poesía debe radiar ahora al aire libre, bajo el abeto y el haya, y he de luchar contra todo lo existente! Yo o la mentira: uno de los dos sucumbirá.

Svanhild. — ¡Bendito sea usted, poeta de la acción! Le juzgué a usted mal, tiene usted corazón y energía! ¡Perdóneme, separémonos sin odio!

Falk. — No; en mi lancha, en la lancha que camina hacia el porvenir, caben dos personas. No nos separemos, Svanhild. Si tiene usted valor, ayúdemonos uno a otro en la pelea.

Svanhild. — ¿Juntos los dos?

Falk. — Como ha podido ver, todos me han rechazado; no tengo un amigo, estoy en guerra con todas las personas que me conocen, las cuales me muestran con rabia la acerada punta del arma de su odio. Dígame usted si tiene o no valor para vivir y sucumbir conmigo. Mi senda pasa por encima de los usos y costumbres, por encima de las obligaciones, cuya cadena procura sujetar nuestros pies, y sin embargo, puedo arrodillarme lo mismo que los otros y poner el anillo en el dedo de mi prometida. (Se quita un anillo y enséñaselo a la joven).

Svanhild (conmovida). — ¿Lo desea usted?

Falk — ¡Sí, lo deseo! Y demostraremos al universo que el amor, gracias a una fuerza sobrehumana, se eleva por encima del fango de la vida y resplandece en su magnificencia para confusión de todos. Ayer hacía brillar ante usted el fuego de la idea como un faro resplandece en una roca salvaje, y usted tembló de espanto como una débil mujer. ¡Más ahora le estoy a usted mostrando el verdadero objeto de la juventud! Un alma semejante a la suya no falta a un compromiso. ¡Ahí está, pues, el abismo negro! ¡Franquéelo usted, Svanhild!

Svanhild (con voz ahogada). — ¡Pobres de nosotros si caemos!

Falk (entusiasmado). — ¡No; leo la victoria en el brillo de esa mirada!

Svanhild. — ¡Tómame, pues, toda entera y tal como soy! ¡Las flores se abren, llegó mi primavera! (Se arroja en brazos de Falk).

(1) Diosa de la mitología escandinava.

### El Minero

¡Gran montaña, con estrépito derrúm-
[bate
a los golpes redoblados que descarga mi
[martillo!
¡Necesito que se abra una vía subte-
[rránea
hasta el sitio en que tus férreos corazones
se estremezcan y resuenen a los besos
[de mi hierro!...
¡Desde el fondo de tus lóbregas en-
[trañas
un magnífico tesoro me ha llamado;
un magnífico tesoro donde perlas y dia-
[mantes
resplandecen en purpúreas ramas de oro!
¡Paz, reposo eterno reinan en el trono
[de su seno!
¡Ven, martillo! ¡ven y ábreme una senda
hasta el último, el más hondo corazón de
[la montaña!...
Feliz niño, yo vivía en otro tiempo
bajo el cielo matizado por estrellas,
y vagaba por las sendas floridas,
dulce dueño de la alegre paz del alma...
Olvidé después los días luminosos en
[la mina;
en la mina más obscura que la noche...
Olvidé, en mi tenebroso laberinto,
hasta el llanto de los árboles tristones
[de la costa...
¡Ah! Cuando hasta él bajé por vez
primera,
yo creía, con mi cándida alma joven,
que los Genios de la tierra explicarían me
el enigma misterioso de la vida...
Y hasta ahora, ningún Genio me ha
enseñado
lo que tanto deseaba mi inocencia;
ningún rayo ha penetrado todavía
a bañar esas tinieblas con sus blancos
[resplandores...
¿Me he engañado? ¿Por ventura no
[conduce
a la hermosa claridad ese camino que
[desciende,
a esos mismos esplendores que me ciegan
si dirijo mis miradas hacia arriba?...
Es preciso. Necesito descender hasta
[el profundo;
hasta el trono donde reina paz eterna...
¡Ven, martillo! ¡ven y ábreme una ruta
hasta el último, el más hondo corazón
[de la montaña!...
... ... ... ... ... ... ...
Y golpea mi martillo y estará gol-
peando siempre
hasta el fin de mi viaje por la Vida,
sin que llegue a brillar nunca un dulce
[rayo,
¡sin que nunca sea alumbrado por el sol
de la Esperanza!

Enrique Ibsen.



## El Privilegio

Desde que la organización y funcionamiento de la sociedad dejó de ser asunto de la competencia exclusiva de déspotas, teólogos, juristas y gobernantes, privilegiados todos en mayor o menor proporción, y que la Internacional avivó la inteligencia y excitó la pasión de los trabajadores fundándose la sociología, la abstracción llamada «privilegio» se desarrolló en el concepto popular hasta llegar a lo monstruoso; de tal modo, que si un artista se propusiera traducir en una figura alegórica las calificaciones que se le han aplicado en la fraseología de los mitines y en la literatura obrera, hubiera debido apelar a los recursos de que echaron mano los artistas de la Edad Media para simbolizar al diablo, y aun aquella bestia humana fantástica, con sus ojos chispeantes, su color broncéado, sus uñas agudas y su rabo terminando en punta de saeta, quedaría como inocente angelillo al lado de la que la imaginación justamente exaltada de los desheredados hubiera podido inspirar.

Afortunadamente, como en el día no se edifican catedrales por la fe aunque algunas se levanten por negocio, ni importa que se piense o no en decorar con arte místico residencias episcopales o pontificiales, ni hay fieles timoratos a quienes aterrorizar, y hasta la misma «Divina Comedia y El Paraíso perdido» no pasan de joyas artísticas que se aprecian sobre todo como datos históricos, los artistas pueden excusarse de simbolizar el privilegio, dejando a un lado esa tarea negativa y transitoria para inspirarse en el ideal, promesa infalible del progreso.

La Academia, con perdón de un compañero que se me burla cada vez que recurro al diccionario, define así el «privilegio»: «gracia o prerrogativa que concede el superior, exceptuando o libertando a uno de una carga o gravamen, o concediéndole una exención de que no gozan otros»; y tomando luego en cuenta la idea en su aspecto general, añade: «Privilegio odioso: el que perjudica a tercero».

En sociología no hay para qué ocuparse de la primera parte de la primera acepción de la definición académica, porque el privilegio social tiene muchísimo mayor alcance, no procede de ningún superior, sino que según la historia, se estableció por la violencia o por la astucia, se conserva por la tradición y la ignorancia y se perpetúa con la existencia de las leyes y las instituciones que le dieron forma jurídica, las cuales, aunque hijas del error de una época de atraso, se prolongan hasta el presente y siguen causando todos los males que les son consiguientes sólo por el carácter de imposición autoritaria de que se hallan revestidas a la vez que por el poder coercitivo creado para su defensa. En cuanto a la segunda parte de dicha acepción ya es otra cosa: los exceptuados de las cargas o gravámenes que pesan sobre los otros, los que disfrutan de una exención de que los demás no pueden gozar, los que perjudican a terceros: los desheredados, éstos sí que entran de lleno en el terreno de la sociología incurriendo en las más acerbas censuras, porque la sociología, como ciencia de la economía, representación de la verdad y de la justicia estrictas, no puede menos de considerarlos como seres nefandos, detractores de lo verdadero, conculcadores de lo justo y perturbadores de lo económico; tales son los privilegiados, los favorecidos del privilegio, de eso que la misma Academia, que nunca mereció el dictado de revolucionaria, recuerda que se le califica de «odioso», y aun podría aplicársele otros adjetivos no menos duros y merecidos.

Merced, pues, al privilegio, la riqueza social, producto de la naturaleza, del trabajo y de la ciencia, es objeto de usurpación legal.

A. Lorenzo.

## Alrededor de un acto de ferocidad

La institución de la propiedad, que fomentó la creación del Capital, el que a su vez facilitó el acaparamiento de la riqueza social por unos pocos en perjuicio de los más, y por cuyo sostenimiento los hombres establecieron otras tres instituciones más, — la del Militarismo, de la Justicia y del Estado, — al privar a toda una parte — la mayor — de la humanidad de su derecho en igualdad de condiciones a los bienes sociales, engendró la miseria en el seno de las sociedades, con todos los males que de ella derivan, reagravados con la explotación indigna de los despojados por el Capital, hijo mayor de la Propiedad.

Para hallar la causa originaria de los hechos sociales anormales, es, pues, preciso remontarse a su fuente única: la Institución Propiedad, no siendo otra cosa las demás instituciones nombradas que bastiones levantados en su alrededor para guardarla y protegerla contra los ataques de los desposeídos.

Por más que moral y educación burguesas inculquen al hombre el respeto al orden de cosas establecido, las injusticias que está viendo y las que en carne propia está sufriendo, ábrenle los ojos. El lujo, las comodidades y los privilegios de la clase directora que todo lo acapara para el bienestar de sus miembros, los burgueses, hacen que el pueblo compare y no encuentre justificación posible a tanta desproporción en las condiciones de vida de unos y de otros.

Los individuos se dan cuenta que en la sociedad actual, el dinero todo lo es, todo lo hace. Tener dinero para poder vivir bien y divertirse como viven y se divierten los parásitos burgueses, es la obsesión de muchos.

¿El trabajo honrado no da para matar el hambre? ¿Todos no pueden ser diputados, ministros o presidentes; rentistas banqueros o agiotistas, que son las únicas ocupaciones honorables en las que se gana mucho penando poco? Pues uno se hace ladrón, falsario, envenenador o rufián. El trabajo es para los zonzos, para los embotados por la moral católico-burguesa.

Entonces, como consecuencia de este modo de pensar nace el rebelde de la delincuencia, el que deseando dinero y más dinero, entra en lucha tenebrosa contra la sociedad, atacando el bolsillo o la vida de los individuos, o sacando fuente de recursos en la práctica del negocio infame; esto, sin que, en momento alguno la espada de la justicia logre infundir pavor al delincuente, haciéndolo desistir de su obra perversa.

Que el temor a la Justicia nunca impidió ningún crimen y ni tampoco evitó un solo robo, es esto de toda evidencia. Y que el ladrón, el caften o el criminal no se preocupan, en lo más mínimo, de la Justicia «antes» de la ejecución de su delito, o crimen, prueba irrefutablemente la vida de todos los delincuentes, incluyendo la de los dos asociados en el mal uno de los cuales acabó su existencia del modo horrendo que se sabe por obra del otro, su amigo.

Efectivamente, los grandes y los pequeños diarios burgueses que hipócritamente se horrorizan relatando el hecho feroz de Michael — en tiempos de crisis y, también, en tiempos de abundancias quisieran tener esos honrados periodistas un descuartizado cada dos semanas para activar la venta de sus hojas — nos dicen que estos dignos productos del estado de cosas burgués — Conrad, la víctima y Michael, el victimario — debutaron uno y otro con una condena, que purgaron, a ocho y diez años, respectivamente, de prisión.

Pues bien, si influyera en algo la Justicia para impedir el robo, estos dos ladrones, conociendo los procedimientos de los jueces y el rigor del régimen carcelario, no debían haber reincidido nunca en el delito. El caso es, sin embargo, que estos dos individuos siguieron robando y sufrieron otras muchas condenas, en su tierra, por esta causa.

Llegados aquí, y siempre con el afán de tener dinero, mucho dinero como los burgueses, establécense con varias casas de prostitución.

La prostitución es un comercio permitido, reglamentado por la burguesía, la que cobra de sus dueños una taxa que lo hace acreedor a su legal protección.

La carne humana que en esos comercios se exhibe, hay que hacerla venir de lejos, no porque no se pueda encontrarla en el lugar, sino porque la de aquí se exporta afuera, lo que explica que la de afuera se venga aquí (en la prostitución, como en todo, lo exótico es lo que gusta). Esto naturalmente, supone, da la certeza, mejor dicho, de la existencia de un corretaje «sui géneris» que provee la casa y la renueva del artículo venusino. Los corredores o traficantes de carne humana son los rufianes o caftens. Es oficio que no cansa y, según parece de los más lucrativos.

El que es caften puede divertirse en grande, ir vestido a la última moda, comer en el Spormant, tener los dedos y la pechera de la camisa centelleantes de diamantes y rodar en automóvil como cualquier burgués platudo. Aquí, en la Argentina y allá, en los dominios del kaiser, se castiga con penas severas — ¿puede haber mayor contrasentido, siendo la prostitución permitida? — ese oficio de traficante en carne humana. Sin embargo, aquí están Conrad y Michael — este último por lo menos — para decir el caso que de la ley contra la trata de blancas y de negras hace el caften.

Bien. Llegados a la envidiada situación de burgués nuestros dos siniestros héroes de novela policial — con prostíbulos, dinero y automóviles, — ocúrrele

CeDIAL

a uno de los dos socios que le convendría más el quedarse solo en la dirección y explotación del negocio rufianesco que no tener que contentarse con una parte de la ganancia. Y sin más dilación combina la eliminación de su asociado. No voy a contar aquí lo que todos saben por haberlo leído en la prensa diaria: el asesinato de Conrado seguido de descuartizamiento del mismo y del viaje al lago de Palermo. Quiero solamente que reflexione el lector, demostrándole como la manifestación de la ferocidad de Michael fué debida más a la existencia de la Justicia que a instintos sanguinarios de parte del asesino. Y, además, como nunca contraría la visión de la Justicia el pensamiento y la ejecución del mal. Así, en el acto repulsivo de Michael se comprueba completamente esta ausencia de toda vacilación que haga suponer que haya estado éste un solo instante bajo la influencia saludable que dícese ejercer siempre sobre él espíritu del que está por consumar un acto punible, la moralizadora imagen de la Justicia Michael mató a Conrad de dos martillazos en la cabeza sin que detuviera su brazo el temor a la vengadora institución, como tampoco este temor existió cuando con engaños e infames maniobras llenaba de blancas y de negras los lupanares de su propiedad, o con efracción introducíase en los sitios donde suponía él podía haber dinero escondido.

La visión de la Justicia y de la cárcel solo presentóse a su mente «después» de matar. Y he aquí como se constata que la Justicia con todo su formidable aparato de represión: jueces, policías, tribunales, cárceles, presidios y patíbulos en vez de inspirar santo temor al delincuente despierta al contrario en él los peores instintos de bestialidad.

Sin visión de juez, sin visión de presidio, el crimen horrendo de Michael había sido uno de los tantos crímenes banales, desprovistos de interés que diariamente registra la crónica roja y de los que nadie se ocupa. Pero el miedo — «después» del crimen, no «antes de éste — del criminal, le hace concebir algo monstruosamente cruel con el fin de eludir la acción de la Justicia. Y es entonces cuando despedaza a su víctima, para así hacer desaparecer los rastros de su obra criminal. Sin la idea del castigo a que era acreedor Michael, no había descuartizamiento, ni carrera loca en automóvil hasta aquellos apartados sitios, donde los comprometedores despojos fueron arrojados. La crueldad fué efecto, la Justicia, causa; así, como la prostitución y el rufianismo, el robo y el crimen son efectos de uno solo y mismo origen: la miseria.

No es, por consiguiente, en una mejor organización de la justicia y en dictar nuevas leyes restrictivas de la inmigración, como según lo aconsejan las graves hojas burguesas remediaríase el mal apuntado, sino suprimiendo su causa, la Propiedad, dando igual derecho a todos a disfrutar de la riqueza social, lo que tendría por efecto inmediato acabar con la bárbara explotación del hombre por el hombre y de poner fin a la repugnante lucha por la posesión del dinero. Abolido el Capital, desaparecerían las demás instituciones que esclavizan al productor: el Militarismo, la Justicia y el Estado, saneando la sociedad de las llagas repugnantes que la afean.

Pero esto solo puede hacerlo la Revolución Social a base de Anarquía, es decir, de libertad individual, con la finalidad comunista, que es garantía de estética social y de física y moral belleza humana.

Pierre Quiroule.

---

## La tela de Penélope

Se habla de embellecer la vida, pero en realidad lo que se pretende embellecer es la muerte. Porque no es vida la forma, sino el punto terminal de la intención, su muerte. Y los hombres no comprenden otro mundo que el de las formas: «cadáveres de la realidad.».

Ahora sí; de igual manera que un muerto pierde su forma, disgregándose en muchas vidas, las formas son motrices de nuevas formas, períodos de transacción, paso de las intenciones misteriosas que nos rigen.

La palabra, resumen de infinidad de pensamientos, aprisiona la idea en una forma y la libra al natural desarrollo de las cosas: nacimiento, crecimiento, multiplicación y muerte. Así, pues, una muerte equivale a un centenar de vidas.

Embelleciendo la existencia de las cosas, se evita la desesperación de la espera, se llena el intervalo indispensable para que el hombre cree, mate la realidad que palpa, ve o siente.

Se es creador destruyendo, dando formas a las abstracciones. Creando y destruyendo a la vez, el hombre trabaja por descubrir el misterio de las cosas. Parece el hecho una paradoja, pero es un hecho. Las ideas construyen y las acciones destruyen de igual manera que los sabios desmenuzan, disgregan los cuerpos para las formas o las materias «químicas», que en conjunto son la vida. ¿Se llegará a la fórmula definitiva?

El proceso conocido de la existencia obliga a suponer que una vida que acaba creó muchas antes de morir.

¿No se muere, pues, definitivamente?

El misterio de la existencia recuerda el lienzo de Penélope: mientras el químico destroza una forma para encontrar su alma, la mente da constitución a miles. Se teje y se desteje incesantemente.

El símil supone que muchas generaciones pensaron como nosotros. Vaya a saber si estamos en el mismo lugar o si avanzamos. Eso sí, miramos hacia adelante y caminamos. Marchemos siempre y engendremos; nuestra misión es crear, matar la realidad dándole formas. Que los sabios realicen la autopsia a nuestros cadáveres. Pero que no destruyan nuestro cerebro que tan bien recompensa de las desilusiones haciéndonos soñar, elevándonos a la abstracción más infinita, que por cada forma, por cada muerto que nos entrega, brinda llamaradas enloquecedoras que brindan el arrepentimiento.

La abstracción es el oasis de que nos habla el peregrino del desierto, es el eterno más allá que se refleja en la obra del artista y que le hace andar porque nunca logra aprisionarle en sus creaciones.

Cuando el artista se detiene y reverencia su producción como definitiva, ha dejado de existir. Por más que haga, no creará más si una sola forma nueva, es decir, no sugerirá ni un sólo pensamiento, resucitará cadáveres, no hará que se ande, aconsejará el quietismo.

Hablo del artista porque es Vanguardia y despliega sus sueños a modo de bandera. Y también porque es quien más alocada, afanosamente crea y destruye en la desesperación de sorprender el misterio; porque teje y desteje como toda la humanidad, pero poniendo en su obra fe y esperanza, bálsamos de frescura que apaga nuestra sed y nos eleva hasta el oasis de que hablaba.

Tejamos incansablemente, como la fiel mujer a la espera de cuanto esperamos conseguir.

F. Defilippis Novoa.

Rosario, Junio de 1915.

---

## Sinonimia

Hay dos palabras en el diccionario que vienen a significar lo mismo. Estas palabras son: «diplomacia y doblez».

Maquiavelo es el ídolo de todo diplomático. Ya se le da al título la acepción de astuto y disimulado. Y tanto mejor diplómatico se le considera al interventor de negocios de Estado, cuanto más hábil en lo de engañar al contrincante.

Eso nos prueba la íntima convicción de que el mundo es un inmenso merca do donde cada cual tira a sacar el mayor provecho posible, es decir, que las sociedades están fundamentadas a base de egoísmo, siendo las formas el todo y los ideales lo de menos.

Las buenas formas, o sea lo externo, obedecen a un pudor singular instintivo, prueban lo de que la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde a la virtud.

El taimado autor de «El Príncipe» dejó sentado que hay dos maneras de vencer, la una con las leyes y la otra con la fuerza, siendo la primera propia del hombre, y la segunda propia de las bestias; pero como muchas veces no basta la primera, es preciso recurrir a la segunda. Expuesto lo cual, añade: «Por lo tanto es necesario que un príncipe sepa obrar como bestia y como hombre». Y advierte: «Pero es preciso saber colorear bien esta naturaleza y obrar con cautela y ficción: los hombres son tan simples, y obedecen tanto a las necesidades presentes, que quien engaña hallará siempre quien se deje engañar».

No obstante, de Maquiavelo acá, la conciencia universal se ha depurado un tantico; y aun cuando los hechos no difieren hoy gran cosa de los pretéritos, algo se ganó en lo del respeto a las leyes y en lo de conceder a la moral y a la justicia un poco de valor positivo. Así se explica que la diplomacia actual, cada una de las partes beligerantes, ponga empeño en repetir lo del chusco: «¡Tío, yo no he sido!..» La conciencia universal, sin el menor género de duda, contesta a eso con lo del dulce poeta místico: «¡Todos en él pusísteis vuestras manos!».

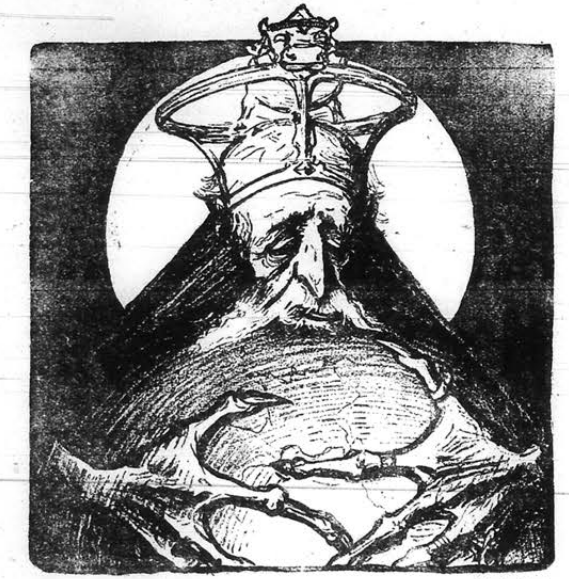
Lo dice dolorida y maltrechal y guarda el agravio para futuras reivindicaciones.

Sebastián Gomila.

Del libro recientemente aparecido «El escándalo europeo».



EL CAPITALISMO



*Dib. de Léandre*

## La huelga de los granos de trigo

Casi una moneda, semilla ligera, fruto pequeñín, tallo de hierba en un surco, grano rubio en una espiga, polvo blanco en un molino, festín de insecto, en mi pequeñez posco la humilde inocencia campesina, ocupo un lugar imperceptible en la naturaleza, a ras de tierra, ignorado de los grandes vegetales que prodigan sombra y se elevan, enormes y musicales, hacia las nubes, como las iglesias.

Tan débil y modesto, nada valgo por mí mismo, es necesario que seamos varios. Comienzan a mirarme con consideración cuando nos juntamos un centenar para formar una espiga; un tallo de paja nos levanta entonces un poco por encima del suelo y apercibimos el mundo en torno nuestro; la brisa que pasa nos hace inclinar en reverencias humildes, pues que, aunque nos elevemos, continuamos siendo modestos, siempre poquita cosa; el primero que pasa nos pisa sin querer y morimos. A nuestro lado las amapolas levantan sus pequeñas cabezas rojas y las margaritas sus estrellas blancas. Entre sus coqueterías permanecemos simples, rubios, tímidos, un poco cándidos, y los pequeños escarabajos rojos se encaraman por los tallos que nos sostienen cual lo hicieran por una cucaña. Ni siquiera tenemos la barba de los mostachudos centenos que viven cerca de nosotros.

Pero si nuestra importancia se acrecenta un poco en la espiga, se hace considerable por la asociación de las espigas, y se nos respeta cuando formamos un campo, y hasta el gobierno delega un guarda campestre para velar por nosotros como si fuésemos personajes. Nuestra humilde personalidad ha desaparecido. Nos hemos convertido en multitud y nuestra idílica musa cubre la tierra. Todos procuran hacernos sitio: los orgullosos grandes vegetales retroceden y por insignificantes que seamos por nosotros mismos, el número nos convierte en poderosos como elemento.

Nuestras espigas ondulan como el agitado mar; se nos combate como a un ejército, con las hoces, y como la mano del hombre no es bastante, se necesita la máquina que nos siega. El agua, el viento, el vapor, todas las grandes fuerzas son pocas para reducirnos a polvo. Y este mismo polvo es preciosísimo. Somos el pan que nutre a los hombres.

Entonces nuestra importancia crece hasta llegar a hipérbole. Los humildes y rústicos granos de trigo nos convertimos en políticos. Para los graves economistas somos los «cereales». Se nos cotiza en la Bolsa como si fuésemos oro; pesamos en el destino de los imperios, hacemos la revolución. Por nosotros se matan los hombres. Por nosotros corre la sangre.

Y en nuestra humildad campesina, en nuestra benignidad e inocencia de granos de trigo, en lugar de enorgullecernos, esta querella de los hombres nos entristece.

Este valor que los hombres nos imponen, no lo queremos, pues está hecho de la necesidad de los hombres y del sufrimiento de los pobres. Nuestra fuerza bienhechora y dulce lo desprecia. Nosotros quisiéramos multiplicarnos; nuestra fecundidad inagotable está a disposición de los hombres; les ofrecemos nuestra abundancia y nuestra prodigalidad naturales; un puñado de nosotros constituye un tesoro en la tierra; nosotros ofrecemos nuestros tesoros inagotables que pueden aplacar a los más hambrientos y saciar a todo el mundo. No pedimos sino que se nos siembre.

Y los hombres se niegan. El ciego interés de unos cuantos lo impide, nos suprime la tierra, nos deporta. Los sembradores se desaniman ante este interés particular y las leyes intervienen para encarecernos. Se forman ligas para restringir nuestra fecundidad. Se nos hace abortar. Y lo más chocante es que los hombres se baten por nosotros, se encierran entre fronteras y se odian, levantan ejércitos y aduanas...

Este espectáculo, por fin, nos irrita, y ante la maldad de los hombres que nos obliga, a pesar de nuestro carácter modesto y bueno, a convertirnos en objeto de lucro y tema de asesinato, nosotros cuyo sueño pacífico es dispensar a todos gratuitamente la vida, como el cielo da el aire y el sol su luz, nos hemos rebelado. Nuestra naturaleza amigable no quiere, no puede soportar este papel de discordia. Vamos a declararnos en huelga sobre toda la superficie de la tierra. Permaneceremos enterrados en los surcos, pediremos a la tempestad que nos incendie con sus rayos, que nos destroce con su granizo, al sol que nos seque. Vamos a volvernos paja inútil y estéril. Y entonces los hombres hambrientos comprenderán.

Comprenderán la inutilidad de sus guerras, la mentira de sus intereses, la puerilidad de su orgullo. Tendrán que considerar que, como nosotros, son poquita cosa; como nosotros, comprenderán que nada valen sino en común, por la asociación fraternal de todos, y entonces la humanidad no formará más que un solo hombre, como una espiga. Y no tendrán miedo de sembrar la tierra. Se unirán para sembrar en lugar de separarse para combatir.

Nuestros granos, arrojados profusamente, volarán a los surcos: creceremos robustos, macizos: cubriremos la tierra con el oro bendito y rubio de las cosechas que hacen el pan del hombre. Y todo el mundo podrá vivir, porque, entonces, ya nada valdremos. Y en nuestra modestia estaremos contentos.

Pero actualmente nuestro valor nos espanta, nuestra carestía nos avergüenza...

En la próxima primavera vamos a declararnos en huelga.

E. Févre.

---

Actualmente el hombre no tiene derecho a ninguna parte de productos por el simple hecho de ser hombre; come y vive únicamente si el capitalista, el poseedor de los instrumentos de producción, halla un interés en explotar su trabajo.

Ahora bien: el capitalista no tiene interés en desarrollar la producción más allá de cierto límite, hasta lo halla en mantener constantemente una carestía relativa. En otros términos; hace producir mientras puede revender el producto más caro que el precio de producción, y aumenta su producción mientras sus beneficios aumentan paralelamente; pero tan pronto como se apercibe de que para vender tiene que rebajar el precio y que la abundancia engendraría una disminución absoluta del beneficio, detiene la producción y en muchos casos hasta destruye una parte de los productos disponibles para que aumente el valor de la parte restante.

E. M.

## Hacia el porvenir

Las fechas pasan y los recuerdos se borran. Los más graves sucesos pierden con la distancia, en la conciencia humana, toda su trascendencia. Un momento son emblema, heraldo, consigna, grito de guerra; parecen absorber la existencia entera y después... nada. La vida mira hacia adelante.

No hablemos del obrero que da gracias al burgués que provée a la necesidad de ganarse el jornal. El obrero militante apenas hace memoria de las fechas que registran acontecimientos notables. El 18 de Marzo, el 1.º de mayo, como muchos otros días memorables, no son ya más que uno de tantos pretextos para que la verborrea de oficio lance en el vacío de la indiferencia popular las estulteces de rúbrica y los tópicos al uso.

El proletariado no vive de recuerdos. Quédese ello para la vejez, que la gente moza en el porvenir tiene la mira, que no en el pasado.

Se comprende que las clases directoras, en las postrimerías lastimosas de su existencia, vuelvan la vista atrás, vivan solamente de recuerdos, de sus grandes revoluciones, de sus triunfos ruidosos, de todo lo que fué. No hallarían en lo que es, sustancia de que nutrirse.

Se comprende así mismo que a la gente nueva, a los trabajadores, embrión de algo que se avecina y que nace ahora con todos los ímpetus de vida desbordante, le suceda lo contrario.

La revolución obrera tiene sus recuerdos, sin duda; la insurrección comunalista destacándose entre todos. Pero no se halla en el pasado sino enseñanzas para lo venidero, y el pensamiento y la acción revolucionarios enfilan el porvenir con la vehemencia que inspira el ideal. En este terreno, las clases trabajadoras permanecen fieles al espíritu de la «Internacional».

Pese al reformismo socialista que apenas se llama Pedro y al dilettantismo anarquista que se llama demasiadas cosas, perdura irreductible en la mentalidad obrera el sentido netamente revolucionario: expropiación y liberación en beneficio de todos. Libres de embolismos de trasnochada filosofía, burla burlando la novísima pirotecnia sociológica, van los trabajadores en derechura a su objeto, la emancipación material, base incuestionable de todas las redenciones posibles.

Quien juzgara por el aspecto actual de las luchas sociales que el socialismo y el anarquismo dormitaban por demasiado doctrinario el uno, por demasiado especulativo el otro, no se equivocaría gran cosa. Pero todo acto mental de extensión en este sentido sería fuertemente erróneo. El proletariado no duerme; su espíritu de revuelta, de insubordinación, es hoy más vivo que nunca. Ocioso es mencionarlo. Háse apoderado de todos en tal forma el anhelo de emancipación, el deseo de una vida nueva sin los dolores y los ataderos de la actual, que la acción revolucionaria se produce sin las excitaciones de los partidos y a veces a pesar de ellos y contra ellos.

Las huelgas contemporáneas, quieran que no los socialistas de la disciplina férrea y del Estado providencia, no son sino fiel trasunto del clásico espíritu anarquista. Todos los movimientos y agitaciones populares desdeñan la parsimonia de los discursos y de las alocuciones y ponèn de relieve esta verdad que riñe con todos los convencionalismos políticos; la emancipación de los trabajadores es la obra revolucionaria, actual e inevitable, de los trabajadores mismos.

La jornada de trabajo, la cuantía del jornal, etc., apenas significan nada. En todo movimiento obrero hay un pretexto visible; el motivo real es siempre algo más hondo, espíritu de solidaridad, de rebeldía, de justicia, de dignidad, de derecho integral; algo que conduce al porvenir.

La «Commune» fué la primera vibración de la fuerza revolucionaria naciente, Millares de vibraciones revelarán quizá muy pronto que la revolución ha madurado. Su obra pondrá término, con una suprema violencia, a todas las violencias. Más allá de la irrupción de todas las rebeldías, están la paz, la libertad y el bienestar.

Caminemos resueltamente hacia el porvenir.

Ricardo Mella.

## Carne maldita

¡Ah, por las noches sentir el frío,
por las mañanas sentir el hambre
y a todas horas sentir el odio
que aguijonea sin piedad la carne!

Yo sé de muchos gestos de ira
y sé de muchas pasiones malas,
que se elaboran en el arroyo
y que están fermentando en la cloaca.

He visto rostros que daban miedo
y podredumbres que daban asco
y realidades que me decían
que hay hombres buenos y que hay hombres malos.

En el tugurio de los humildes
los niños lloran, los padres callan
y las miseria los cubre a todos
como una nube gris que nunca pasa.

¡Carne maldita la del suburbio,
en donde dejan, como en un filtro,
sus pestilentes humos la máquina
y sus horribles úlceras el vicio!

Pobres mujeres desheredadas
—carne del hierro, carne del hombre—
que son obreras a los seis años
y que son prostitutas a los doce!

¡Ah, sí! que el odio de los vencidos
nunca perdone, nunca se acalle,
que el puño sea como la roca
y la cavilación como la sangre!...

Es necesario que el hierro queme,
que el sol alumbre, que el mar ahogue
¡y que la humanidad entre al futuro
como el ferrocarril entra a los montes!

Fay Libert.

## Fàbulas de Esopo

### El Lobo y el Cordero

Sedientos llegaron a cierto arroyo un lobo y un cordero. Este pobre bebía en lo más bajo de la corriente, mientras que el lobo se encaramó en lo más alto. «¿Porqué enturbias el agua que bebo?» (dijo la fiera a su codiciada víctima, deseando hallar un pretexto para devorarla). «Estáis loco?» (replicó el cordero inocente) «el agua corre hacia mí desde donde tú te hallas; ¿cómo, pues, he de enturbiarla yo?». La fuerza de la verdad obligó al lobo a callar y morderse los labios. Pero un momento después añadió con rabia: «¡Seis meses hace que me llenaste de injurias, pícaro cordero»! «¡Seis meses!.. (repuso el infeliz); «¡pues si no tengo más que cinco!» «Bien: entonces sería tu padre...» y se tiró sobre él y se lo comió.

Cuando un lobo se empeña en tener razón, ¡pobres corderos!

### La paloma y la corneja

Encerrada en estrecho palomar, sin aire y con escasa luz, enorgullecíase, sin embargo, cierta paloma de la fecundidad con que la naturaleza la había dotado. Una corneja que la oyó le dijo: «No te envanezcas, desgraciada, de tener mucha prole; «porque los esclavos que engendran hijos, cuantos más hijos engendran, más clavos hacen».

### El cuervo y la víbora

Buscando un cuervo reptiles que comer, hallóse una víbora dormida que convidaba al rapto. Con tal efecto, arrebatóla en sus garras y partió con ella lleno de gozo. Más, la víbora, que al despertar se encontró presa, no hizo más que retorcerse y mordió al cuervo. Este al morir, decía con lágrimas en los ojos: «¡Hay hallazgos que matan!»

### El camello

La primera vez que vieron los hombres al camello, huyeron de él aterrados, al considerar su magnitud. Algún tiempo después, la experiencia les manifestó que el camello era manso, y entonces le tributaron amistad mezclada con respeto. Más tarde hubieron de caer en que el camello no se incomodaba, y decidieron cargarle de una manera excesiva. Por último averiguaron que era sufrido hasta la heroicidad, y entonces le pusieron freno y lo entregaron a la inclemencia de los muchachos.

### El Pastor y la mar

Apacentando un pastor su rebaño en las orillas del mar tranquilo, picóle la comezón de ser comerciante. Al efecto, y como la travesía era breve, metió las ovejas en una barca, púsose al remo, y en la costa vecina vendió el ganado, empleando su importe en ricos dátiles africanos. Pero al volver a su playa, levantóse bramadora tormenta, y, gracias al alijo de toda la carga, pudo el pastor ponerse en salvo a duras penas. Sin comercio y sin rebaño, sollozaba después un día, cuando cierto transeunte le dijo: «Tranquila está la mar, buen hombre, ¿porqué no te arriesgas a sacarle algún provecho?» Desengáñate, inocente — contestóle el pastor: — «cuando está así, es que quiere dátiles».



## Los Laureles de la Guerra

Ciega obrera, Penélope imbécil, cuna del caos donde la nada se mece, guerra, ¡oh, guerra! ocupada en hacer chocar los escuadrones entre el estruendo furioso de los clarines; bebedora de sangre indómita repugnante, maldita que arrastras al hombre a tan asquerosa embriaguez; nube donde el destino se deforma, donde flota una negra gasa más negra que la noche; loca, inmensa, armada del viento y el rayo, ¿a quién sirves tú, humo, si tus ruinas edifican un templo al mal, si sobrepujas en bestiales instintos a la fiera salvaje, si no sabes, en la sombra a donde la casualidad que te guía te revuelca, más que deshacer un emperador para hacer otro nuevo. — V. Hugo.

***

El efecto principal de las guerras es variar las líneas de fronteras en las cartas geográficas y modificar los colores de esos mapas.

El aldeano de los orillas del Rhin, de la Lys o del Pó sólo lera francés en el papel. Ahora, aun cuando se cambien los nombres y el indígena de la Manchuria tenga en la ventana de su alcaidía una bandera, china, japonesa o rusa, acaso cambia su vida? ¿Es que por llamarse chino, japonés, ruso, alemán o inglés, deja de ser el mismo hombre? No. Bajo cualquier bandera, bajo cualquier gobierno, será lo mismo que ha sido siempre: productor y contribuyente.

C. Flammarion.

***

Se ha puesto bajo las armas, no ya, como en otro tiempo, a algunos miles de pobres diablos cuya sangre se compraba, sino a pueblos enteros, que van a desollarse unos a otros... Para disponerles al asesinato se atiza su odio, persuadiéndoles de que son aborrecidos. Y hombres de carácter dulce se dejan coger y van a arrojarse uno sobre otro, con ferocidades de animales salvajes, ejércitos furiosos de pacíficos ciudadanos, a los que una orden inepta les pone en la mano un fusil, ¡Dios sabe por qué ridículo incidente de fronteras o por qué mercantiles intereses coloniales! Marcharán como corderos al matadero, sabiendo que van a él, sabiendo que abandonan a sus mujeres, sabiendo que sus hijos tendrán hambre, ansiosos y embriagados por las palabras sonoras y engañosas cantadas a su oído. Marcharán sin rebelarse, pasivos y resignados, aun cuando son la masa y la fuerza, aunque podrían, si supieran entenderse, establecer el buen sentido y la fraternidad, en vez de las salvajes prácticas de la diplomacia. Marcharán pisoteando los campos que sembraron, quemando las ciudades que construyeron, con cánticos de entusiasmo, gritos de alegría, músicas de fiesta.

Eduardo Rod.

***

Pagar la deuda en plomo, teñir las manos en sangre extranjera... Eso se aplaude cuando se está en los postres de un banquete y el champagne espumea, y se sabe que al día siguiente nos espera el hogar tranquilo.

Cuando se mira con la frente bañada en sudor la tierra ingrata, apoyado en el azadón, pensando en los hijos cuyas frentes ya surcan prematuras arrugas, recordando que los frutos de la propia labor habrán de ser para disertadores y caudillos, sintiendo caer en el crepúsculo las campanadas de la tarde como un presagio de orfandad, entonces se piensa en que todos los hombres son hermanos y en que, más allá de los imaginarias fronteras, hay también mozos preparados a no cambiar de grado por el fusil la esteva, a no trocar por el cercel [illegible] de guerra la yunta, y madres que, cuando a sus hijos se los lleven, estarán otra vez dispuestos a colocarse delante del tren.

A. Zozaya.

***

Sé bien que muchos excusan la guerra como favorable para el progreso humano, y dicen que, mediante ella, los hombres que gozan el privilegio de una civilización adelantada, aprovechan su fuerza atractiva para arrastrar a los que viven en el atraso.

He aquí un razonamiento pobre, un método simple digno de desprecio. Del mal no puede surgir más que el mal, y para el filósofo, la guerra no será nunca una condición necesaria de la paz. La Rusia no es más que una parte del Universo habitado. Por encima de ella está la humanidad: por encima de la humanidad está el principio de la vida; y es el atentado que se realiza contra el principio de la vida y la ley eterna lo que hay que considerar.

La guerra no es más que una manifestación de la locura homicida de los hombres.

Hay una cosa más triste aún, si esto es posible, que el espectáculo de la guerra, y es el espectáculo de la quiebra de la razón humana.

León Tolstoi.

***

Declarada en otro tiempo una guerra de exterminio entre las liebres y las águilas, llamaron las liebres en su auxilio a las zorras, invocando favores harto públicos — «Gustosos acudiríamos—contestaron las zorras — en vuestro favor, si no supiéramos por experiencia lo que huye una liebre y lo que persigue un águila.

DIVULGACIONES CIENTÍFICAS

# LA PLASMOGENIA.--Sus fines y resultados

*Para "La Obra"*

Aparentemente, por lo menos, no hay dificultad alguna en precisar lo que vive, diferenciándolo de lo que no vive; pues que las características de la vida y en particular el movimiento de la materia, permiten en seguida establecer una diferenciación inmediata. Pero, a poco que se ahonde en la cuestión y se quiera formar concepto verdadero de lo que es la vida, la organización, las cosas se complican y, el razonamiento sencillo no basta, puesto que, ya la simple observación amplía por modo notable los horizontes del mundo viviente.

Metafísicamente, podríamos inducir, desde luego, una primera consecuencia: que todo lo que existe «es», y por ende todo lo que «es» vive. Pero tales razonamientos especiosos o abstrusos, no los consiente la moderna filosofía positiva de las ciencias, absolutamente reñida con las conclusiones que pecan por apriorismo o apresuramiento. Debemos, pues, avanzar con cautela y comedimiento.

Las infantiles teorías del pasado y algunas presentes que aún subsisten merced a la superstición, siempre en auge, no osaban preguntar qué hay más allá de la realidad externa, aquella que se impone inmediatamente al espíritu, por el testimonio de los sentidos; y suponían que todo lo que no es vida de seres terrestres está muerto o pertenece a las régiones nebulosas de la leyenda.

Hoy se imponen otras ideas, iniciadas en la antigua filosofía Indú, y desarrolladas confusamente primero, luego con bastante claridad, por Stourza, Royer, Fouillé, Jules Félix, Alberto y Alejandro Mary, Alfonso L. Herrera, S. Leduc, y el que escribe, cuyos trabajos han conducido a la fundación de la ciencia Plasmogénica; a la fundación del Instituto Internacional de Plasmología y Biomecánica Universales, y por fin a la difusión en libros, revistas y conferencias, de las modernísimas ideas acerca del origen de la vida y la generación expontánea.

La ciencia plasmogénica o «Plasmogenia», que ha nacido en México, siendo el profesor Herrera su fundador, tiene por objeto el estudio del protoplasma, definido por el ilustre sabio mexicano, como la savia de la vida, que existe en las plantas y los animales, al estado de una mezcla o emulsión complicadísima, semi-líquida, semejante a la albúmina de huevo y revistiendo en su forma más simple el aspecto de los amibas, es decir, de los animalillos microscópicos que, mayormente, pululan en las aguas estancadas. La plasmogenia ha probado que el protoplasma de los organismos, tiene un origen perfectamente natural y que su actividad se debe a las fuerzas físico-químicas que laboran incesantemente en el vasto seno de la naturaleza. Generalizando la noción de protoplasma, cuyas propiedades son debidas a las fuerzas ordiñarias, la noción de la vida universal se alumbra con la luz de un nuevo día, que inunda las playas de la inmensidad, donde palpita la vida en sus infinitas manifestaciones, y a donde tal vez, ya no hay lugar para el misterio, dado que la Plasmogenia, ciencia de la vida universal, hasta ha llegado a probar, en base de sus ensayos teogénicos (mejor fuera cosmogénicos, si debiéramos rechazar la expresión un poco mística, de Herrera), el origen y fin de los Mundos... La vida bulle y late en todo el Universo, presa de una inmensa fermentación; y el Cósmos gigantesco a la manera de un inmenso organismo en perpétuo devenir, semeja en verdad un animal desmesurado, infinitamente grande, cuyas partes, que son los astros del cielo y su contenido, diversificando hasta lo increíble—, hacen el oficio de órganos.

Los estudios realizados por la plasmogenia, han permitido que se completara la biología experimental por el conocimiento de los fenómenos de orden físico-químico y dinámicos que se dan en las soluciones minerales y en el «petroplasma celular» que dijera von Schoen de Nápoles, de los minerales y de las rocas, como igualmente en la organización y el protoplasma del Universo, representado por el éter eterno, de cuya realidad ya no es permitido dudar, como que hasta últimamente se le ha visto circular (1).

La vida toda, pues, no sería otra cosa que manifestaciones más o menos diversificadas de la energía primitiva o éter, substancia invariable; o mejor, para no prejuzgar acerca de su naturaleza del «Proteón» que contendría en potencia todo el «devenir» de lo que «es».

La plasmogenia ha probado, además, que los procedimientos de organización son los mismos, ya se trate de animales o de vegetales; y simples experimentos, realizados, poniendo en presencia el nitrato de plata cristalizado en gelatina y el bicromato de potasio, dan una idea del generarse de las formas vegetales con las cuales no se puede — como algunos mal informados pretenden, confundirlas, sino establecer estrecha relación de semejanza, en cuanto hace a su morfología dinámica. Las celdillas de Leduc, así como las vegetaciones organóides de este autor, las de Herrera, las de los hermanos Mary, de Beauvais; en fin, todas estas maravillosas extructuras, cuyo número se cuenta ya por millares (véase el «Atlas de Plasmogenia» del doctor Jules Félix, Lamertin, Bruselas, 1906), no demuestran otra cosa que la unidad del plan que rige en la Naturaleza, que actúa siempre, en virtud de las fuerzas físico-químicas y no de las místicas fuerzas vitales, traducidas en el lenguaje poético, por el alma de las cosas, y en el fisiológico por alma, espíritu, etc., etc.

Las ideas de Pasteur, rancias y hoy completamente abandonadas por los científicos independientes, quedan ahí tan solo, como muestra de lo que puede la Ciencia que no adelanta un punto sin conformarse con el imperativo del dogma! La materia mineral, organizándose en virtud de las fuerzas inmanentes en ella, ha generado «por sí misma», sin intervención de fuerzas exteriores trascendentes, la inmensa variedad de los seres vivientes: animales y plantas, que han debido constituirse por procedimientos análogos a los «organismos protobiales» que el ilustre Herrera ha obtenido en el Laboratorio de la Escuela Normal de Méjico; o a los microorganismos que Bastián, el ínclito rival de Pasteur, prepara todavía hoy, produciéndolos «de novo», con soluciones de substancias minerales, esterilizadas y encerradas en tubos herméticos, en su retiro de Cheham-Bois.

Nada ya de explicaciones obscuras y alambicadas de los fenómenos de la vida: nada de fuerzas vitales y pseudomísticas, sino simples movimientos atómicos organizándose y diversificándose en el senò de la materia eterna. La «plasmología» y la «Biología universales», adquieren así una importancia grandísima, constituyendo la síntesis de todas las Ciencias, base fundamental de la filosofía y sociología positivas y de la paz del mundo en la humanidad nueva, como quería nuestro querido y llorado amigo el prof. Félix de Bruselas. Que nada importan para la Filosofía Natural, los errores y los desfallecimientos del momento sobre cuestiones secundarias o de detalle, toda vez que los hombres hayan comprendido los principios de la Ciencia de la vida universal, penetrando en el conocimiento de su mecanismo y harmonía. Y sea cual fuere, el magnetismo, la electricidad, la gravedad, etc., el verdadero «Deux es machina» del Universo, va que todas las fuerzas son únicas y que los movimientos rotatorios y aspectos astronómicos, son simplemente debidos a corrientes de entrada y de salida, que llenan o vacían quizás en otro universo ignoto el ánfora gigantesca de los cielos, quedará por siempre subsistente el principio del «origen cósmico de laa humanidad», su edad provecta de millones de millones de siglos, y que en la materia de cada hombre vive todo el pasado de una evolución inmensa que continúa, sin saber a dónde terminará, entre infinidad de dolores, de resurrecciónes y de muertes, de dichas y de esperanzas!

Víctor Delfino.

Miembro de la Sociedad Astronómica de España y América, Miembro honorario de la Facultad de Ciencias de la Universidad Mayor de San Marcos (Lima), etc., etc.

(1) Cf., el trabajo de nuestro ilustre amigo el profesor Sagnac de la Universidad de París: «G. Sagnac L. éther lumineux révélé par l'effet optique de sa circulatión dans un interférographe tournant, in Journal de Physique théorique et appliquée, París, 1913.

## Las bodas tràgicas de la Vallisneria

No podemos dejar las plantas acuáticas sin recordar brevemente la vida de la más romántica de ellas: la legendaría Vallisneria, una Hidrocaridea cuyas bodas forman el episodio más trájico de la historia amorosa de las flores.

La Vallisneria es una hierba bastante insignificante que no tiene nada de la gracia extraña del Nenúfar o de ciertas cabelleras submarinas. Pero diríase que la naturaleza se ha complacido en poner en ella una hermosa idea. Toda la existencia de la pequeña planta transcurre en el fondo del agua, en una especie de semisueño, hasta la hora nupcial en que aspira a una vida nueva. Entonces la flor hembra desarrolla lentamente la larga espiral del pedúnculo, sube, emerge, domina y se abre en la superficie del estanque. De un tronco vecino, las flores masculinas que la vislumbran a través del agua iluminada por el sol, se elevan a su vez, llenas de esperanza, hacia la que se balancea, las espera y las llama en un mundo mágico. Pero a medio camino, se sienten bruscamente retenidas; su tallo, manantial de su vida, es demasiado corto; no alcanzarán jamás la mansión de la luz, la única en que pueda realizarse la unión de los estambres y del pistilo.

¿Hay en la naturaleza una inadvertencia o prueba más cruel? ¡Imaginaos el drama de ese desco, lo inaccesible que se toca, la fatalidad transparente, lo imposible sin obstáculo visible!..

Sería insoluble como nuestro propio drama en esta tierra; pero interviene un elemento inesperado. ¿Tenían los machos el presentimiento de su decepción? Lo cierto es que han encerrado en su corazón una burbuja de aire, como se encierra en el alma un pensamiento de liberación desesperada. Diríase que vacilan un instante; luego, con un esfuerzo magnífico — el más sobrenatural que yo sepa en los fastos de los insectos y de las flores, — para elevarse hasta la felicidad, rompe deliberadamente el lazo que los une a la existencia. Se arrancan de su pedúnculo, y con un incomparable impulso, entre perlas de alegría, sus pétalos van a romper la superficie del agua. Heridos de muerte, pero radiantes y libres, flotan un momento al lado de sus indolentes prometidas; se verifica la unión, después de lo cual los sacrificados van a perecer a merced de la corriente, mientras que la esposa ya madre cierra su corola en que vive su último soplo, arrolla su espiral y vuelve a bajar a las profundidades para madurar en ellas el fruto del beso heróico.

¿Hemos de empañar este hermoso cuadro, rigurosamente exacto pero visto por el lado de la luz, mirándolo por el lado de la sombra? ¿Porqué no? A veces hay por el lado de la sombra verdades tan interesantes como por el lado de la luz. Esa deliciosa trajedia no es perfecta sino cuando se considera la inteligencia y las aspiraciones de la especie. Pero si se observa a los individuos, se los verá a menudo agitarse torpemente y en contrasentido en ese plan ideal. Ora las flores masculinas subirán a la superficie cuando todavía no hay flores pistiladas en la vecindad. Ora, cuando el agua baja les permitiría unirse cómodamente a sus compañeras, no por eso dejarán de romper maquinal e inútilmente su tallo. Observamos aquí, una vez más, que todo el genio reside en la especie, la vida o la naturaleza; y que el individuo es más o menos estúpido. Solo en el hombre hay emulación real entre dos inteligencias, tendencia cada vez más precisa, cada vez más activa a una especie de equilibrio que es el gran secreto de nuestro porvenir.

Mauricio Maeterlinck.



# LAS RAZAS ACTUALES

Durante mucho tiempo, sobre este asunto, sólo se han tenido en cuenta distinciones lingüísticas o nacionales. Slavos, germanos, latinos, eran palabras consideradas como excelentes calificativos racistas.

Actualmente se concede más importancia a los caracteres somáticos.

Entre los autores recientes, Ripley, continuando también las tradiciones de sus predecesores, distingue, en Europa tres tipos principales:

1.º—El teutónico.
2.º—El alpino.
3.º—El mediterráneo.

El primer tipo está caracterizado por hombres de estatura superior a la media, dolicocéfalos, de ojos claros y cabellos rubios. Domina en el norte del continente.

En el centro vive principalmente el tipo alpino o céltico, de estatura un poco menor de la mediana, de braquicefalia muy pronunciada, de ojos y cabellos pardos. Domina en Austria, Suiza, Francia Oriental, Italia septentrional, etc.

Por último, el tipo mediterráneo de la Italia central y meridional, de la Francia meridional y de la península ibérica se compone de hombres de corta estatura, dolicocéfalos, de ojos pardo obscuro y de cabellos castaño obscuro o negro.

Esta clasificación, que tiene la ventaja de una gran sencillez, corresponde «grosso modo» a lo que puede observarse; pero en realidad los hechos no se presentan de modo tan sencillo.

Gracias al trabajo asíduo de M. Deniker, bibliotecario del Museo de Historia Natural de París, quien ha formulado tablas considerables acerca de la estatura, el índice cefálico y el color del sistema piloso y de los ojos, poseemos una clasificación de los pueblos de Europa que constituye un gran progreso sobre cuanto acerca de este asunto se había realizado hasta el presente. Pero antes de dar la clasificación de este autor, veamos sobre qué documentos se funda.

La estatura en Europa. — Nuestro continente no contiene pueblos de muy corta estatura, excepto ciertos finlandeses de Rusia, que pueden considerarse como extra-europeos. El único distrito de estatura marcadamente pequeña es el de Lanusei (Cerdeña), con 1'579 por término medio. Por el contrario, en Europa se hallan estaturas que se cuentan entre las más elevadas del mundo. Gran Bretaña, Irlanda, Escandinavia, Bosnia, Servia, y hasta la media más elevada de la Tierra, se halla en nuestro continente entre los escoceses de Galloway, que alcanzan una media de 1'79.

En general, las estaturas europeas de 1'60 a 1-70 oscilan alrededor de la media humana (1'65).

Las estaturas menores de la media se hallan en el Sud, pero también en Polonia, Babiera, Hungría y Finlandia.

El color de los ojos y de los cabellos en Europa. — Deniker presenta, de una manera general, tres zonas, de contornos naturalmente muy indifinidos: una rubia al Norte, una morena al Sud, con una región intermedia en el centro.

Región rubia: Irlanda en gran parte, Escocia, N-E. de Inglaterra, Holanda septentrional, Alemania del Norte, Escandinavia, Finlandia, Rusia septentrional y occidental.

Región morena: Francia (excepto el Norte y la Normandía), Bélgica oriental, Suiza occidental y oriental, el Salzburgo, el Tirol (S-E.), Hungría, Dalmacia, gran parte de la península de los Balkanes, la Rusia meridional y oriental, Italia (excepto el Norte y el Véneto), Iberia.

En la zona intermedia se hallan los de color castaño (1).

El índice cefálico en Europa (2). — Deniker llega a reconocer una región dolicocéfala al Norte, y otra más dolicocéfala al Sud. En el centro de la Europa occidental se halla una región braquicéfala y otra subbraquicéfala al Este.

La primera región comprende las Islas Británicas, la Escandinavia, el litoral de la mancha, del Norte y el contorno del Báltico.

Los dolicocéfalos meridionales habitan Iberia, la Italia meridional y muchos otros puntos del litoral mediterráneo y también Aquitama.

División en razas. — Apoyado en estos datos, Deniker reconoce en Europa «seis razas principales» y cuatro secun-

darias. Sólo estudiaremos las primeras, que comprenden cuatro morenas y dos rubias.

Dos razas morenas son decorta estatura, la «ibero-insular» y la «occidental» o «cevenal».

Raza ibero-insular. — De muy corta estatura (1'61 m. a 1.62 m.); dólicocéfala (74 a 75), cabellos negros frecuentemente rizados, ojos muy obscuros, nariz recta o aguileña, cara larga, color badana. Tal es la raza mediterránea antes señalada. Se encuentra principalmente en España, en Francia (Angoumois, Limousin, Perigord, etc.), en Italia (al sud de la línea Roma-Ascoli), en Córcega, Cerdeña y Sicilia.

Raza cevenal. — Es el tipo alpino o céltico. Estatura pequeña (1'63 a 1,64), braquicefalia pronunciada (85 a 87), cabellos castaños, ojos pardo claro u obscuro, cara larga. Habita Bretaña, el Poitou, la meseta central, Toscana, Hungría, Piamonte, etc.

Las dos razas rubias principales, son:

Le septentrional.

La oriental.

Raza septentrional. — Es el tipo germánico por excelencia, el que se ha querido considerar como característico de los arios. Los hombres de esta raza son de elevada estatura (media 1 73); su doliocefalia es muy pronunciada (76 a 79); sus cabellos son de un rubio rojo, algunas veces ondulados; su cara es larga, ojos claros, nariz recta y piel de un blanco rosado.

La raza septentrional habita la Escandinavia, excepto la costa occidental de Noruega, el norte deEscocia, la costa oriental de Inglaterra, la Alemania del Norte, las provincias bálticas rusas, etc.; es la antigua raza kínsica, germánica o de los Reihengraber.

Raza oriental. — Su estatura es mucho más pequeña (1'63 a 1,64), su cabeza más redondeada (82 a 83), cara cuadrada, nariz remangada, cabellos de un rubio ceniciento y ojos también claros.

Esta raza habita principalmente en Rusia, donde está representada más o menos claramente en diferentes grupos. Los biclorusos (rusos blancos) parecen formar su parte principal.

Aun no haciéndose cargo más que de esas razas principales, preciso es reconocer que es siempre excepcional el caso de hallar individuos que presenten exactamente todos los caracteres de la raza a que pertenezcan. Lo regular es que presenten diferencias por un lado o por otro, resultando lo expuesto muy elástico, por lo que, para juzgar bien, es preciso colocarse en un punto de vista general.

Por otra parte, el estudio de esas razas no ha podido hacerse en toda Europa, porque hay regiones en que las investigaciones clásicas sobre la estatura, la forma del cráneo y el color de los ojos y cabellos no han podido hacerse todavía.

En Francia, por ejemplo, las cuatro razas morenas, están representadas por pequeños islotes, que se penetran de manera extraordinaria. Las razas rubias que ya no se encuentran como agrupaciones, no dejan de estar representadas por individuos menos numerosos en quienes puede reconocerse, por ejemplo, «septentrionales» muy caracterizados.

Alemania, que tiene «septentrionales», nos muestra también «adriáticos»; y en concepto lingüístico, sabemos que en aquel país existen hombres que hablan lenguas eslavas (polaco y wende).

Austria-Hungría está extraordinariamente mezclada de pueblos y de tipos que todo el mundo conoce. Eslavos, germanos y latinos viven allí, odiándose recíprocamente; los austriacos quieren dominar a los húngaros, quienes a su vez dañan cuanto pueden a los rumanos. Los nacionalistas se exaltan en nombre de la extensión de la lengua, y de la influencia. Hay alemanes que llevan nombres magyares que predican el pangermanismo a magyares que llevan nombres alemanes. Asistimos a los conflictos más extraños e irracionales: ciertamente esas gentes no se entenderán hasta que abandonen su mezquino patriotismo para reunir sus miserias y sus esperanzas.

Georges Engerrand.

(1) Los países no citados son aquellos de que se carece de informes suficientes.

(2) España es muy dolicocéfala, según Aranzade, Hoios y Oloriz. Sobre 475 partidos judiciales, sóo 17 en el N. O., son mesocéfalos; el resto tiene un índice de 76 a 79'9. Lo mismo sucede en las Baleares y Portugal.

## La roca viva

—

El mar batía soberbio sus espumas... Glauco, túmido el lomo y mugiendo; feroz como un toro monstruoso. Parecía en su inmensidad un cielo entempestado caído sobre el globo. O, en la encorpadura convulsa, agitándose en un sacudimiento de incesto a cubro de la tierra, una propensión, la amenaza de un remonte... Túmido el lomo, mugiendo feroz como un toro.

Las olas en sucesiones incansadas cacheteaban con ruído de fuetes el ribal. Castigo de furias, en la orla que significaba margen pétreo a las zonas del fruto, escupía enconado sus escorias. El mar...

Junto a la roca vencida, en las manos oculta la barba, dormitaba, de pie, el hombre...

Era una roca que sobrealzaba la cúspide como una cabeza. Su textura, amalgama de hierros, de basaltos, de ónices: potencia invulne de lo eterno. Como un hálito de vejez, en las arrugas y drapas se le amontonaban turbas, que al secarse al sol oriental de tierra, se hacía vidrio, costras resquebrajadas que herían la soledad, en un rebrillar de jaspes. La roca viva. Cien siglos llevaba, y más de cien siglos, castigada por el monstruo que mugía, omnipotente, poderes de incesto.

Bajo el chasquear de las olas, como un gusano troglodita, emanó el gnomo guardador de oros, de un boquete. Sus pasos que medían pulgadas llegaron a la roca. Se asió. Trepó por las proturas, removiendo costras... Y frente a la cara del hombre, se detuvo, inquieto.

El mar con un más fuerte aventón roció las manos, y los ojos se abieron. Miró indiferente al genio exiguo... Mugía proceloso el tirano, levantaba en soplos las olas, arqueaba como para un bote el lomo...

—Nunca os he visto.

—Tampoco yo.

—¿Eres, acaso, genio?

—Soy el hombre.

—¡Ah, eres el hombre! En el exergo de mis oros, tengo vuestra efigie. ¡Vaya una poca cosa que sois!

—Es cierto...

—Os creí jigantescos.

—.....

—Os creía resplandecientes.

—.....

—Yo tengo un tesoro.

—También yo.

—¿Lo llevas en este balín?

De su cartera extrajo el hombre herramientas de escultura. Brillaron, al salir, como armas. La soledad concebía pensamientos, como un vientre de imágenes... La piedra pareció sentir el alicato de un dios... Y en la carne invulne picó el cincel con timbre de metales que hablasen. El genicillo, absorto, huía, de una parte a otra, con cierto rictus de desprecio. Los tasquiles saltaban entre asteroides de chispas.

—¿Vais a incendiar el mar?

—No; pienso incendiar la piedra!

Y fué la eterna castigada volteando sus abruptecos torres, adquiriendo Forma, la grandiosa Forma expresiva, armada de luz, dominante.

Conservándose arrugas, concentrando la belleza como un ojo que se abriera, animándose. Y del bloque bruto emergió al fin la mole brutal de un anciano encrespado, las barbas en ondas tumultuosas encabritadas desde los pies a la cabeza. Relampaguean te... Hinchado de lomos, clavado firme, los carrillos anchos como si emitiera mugidos. Tensión de toro en él, ímpetus de lid, como aprestándose a un bote. Formidable, inmortal, invencible. Frente a frente al gran incestuoso, al tirano que batía furias contra el flanco dolorido de la tierra...

La roca viva; la roca con alma.

Y mugió el milenario de aguas al de piedra. Parecían dos bestias espantables que iban a embestirse, explotando por el aire en láminas y cascos. Dos reproducciones, una de otra; recíprocas, justas y fieras.

Con la cartera a espaldas después de la obra marchábase el artista. Y a su paso pareció que el mar sobrecogido acallaba un instante sus estruendos. La soledad espaciaba en copos de auras alientos de salud... Y a cruz de un neblinar de bronces, vadeando las cargas de sol, distinguíase hierático y atrevido el bloque, como un adalid cárdeno que fuese a despedazar el castigo de cien siglos, de más de cien siglos...

—Eh! ¿Me dejais el Viejo? Os daré uno de mis oros... — gritó a favor del amaine el gnomo guardador de oros, al que se alejaba, encendiendo al andar en las salas un reguero de brasas.

Y el hombre ni le miró...

Albino Dardo López.

**Cuestión Social**

¿Cuestión obrera? Formulemos bien el problema. En el fondo no hay tal cuestión obrera, sino una cuestión humana. Sobre la tierra solo existen dos clases de hombres: los productores y los improductores, los que sostienen y acrecientan la vida y los que solo la gastan o la detienen. La cuestión está en apoyar a los primeros y combatir a los segundos.

J. Ruskin.



# MORALIZANDO

**(De la miseria israelita en Rusia)**

**Trad. espec. para LA OBRA, por Emes**

Caminan por las afueras de la ciudad dos mujeres. Una, señora respetable, de mirada severa, camina con pasos tardos, pesados. Flacucha, pálida, pequeña, con la cabeza gacha, la otra.

—¿A dónde me conduces, Raquel?— —interroga Grune, la segunda.

—Espera; un par de pasos más. ¿Ves, allá, a la barranca.

—¿Para qué? — vuelve a preguntar Grune con voz entrecortada como si la invadiera un vago temor.

—Escucharás; ven...

Llegaron a la barranca.

—Siéntate — indica Raquel.

La segunda obedece; se sienta. Raquel se coloca a su lado, en la barranca. Y en el silencio del cálido día de verano, lejos del bullicio de la ciudad, se entabla una conversación:

—Grune, ¿sabes quién fué tu esposo, que en paz descanse?...

El semblante pálido de Grune se cubre de una sombra.

—Lo sé — contesta ella con acrimonía.

—Un «soifer» (1) era él, Grune, un «soifer» casto...

—Lo sé — contesta con acrimonia.

—Para cada «ois» (2) solía sumergirse en el «mikvo» (3).

—¡Mentira!... — Que solía ir un par de veces a la semana sí, es verdad...

—Era un «soifer» casto.

—Es verdad...

—Que su gracia nos favorezca... Grune calla.

—Callas? — dice extrañándose Raquel.

—Lo mismo dá!

—No, no dá lo mismo; que su gracia nos favorezca! ¿oyes?

—Oigo.

—¿Qué dices a ésto?...

—¿Qué diré? Solo sé que no nos ha favorecido...

Pausa. Las dos mujeres se comprenden. El casto «soifer» falleció dejando una viuda con tres huérfanas. Grune ya no volvió a casarse; no dió padrasto a las hijas; sola, para sí y para ellas, trabajaba; pero suerte y bendición no tenían; la gracia del «soifer» no había favorecido.

—¿Y sabes por qué, Grune? — dice Raquel rompiendo el silencio.

—¡Bah!...

—Por que eres pecadora...

—¿Yo? — y la pálida Grune, como herida, se levanta vivamente. — ¿Yo pecadora?

—Escucha, Grune. Pecador es todo ser humano, pero tú más aún...

—¿Más aún?...

—Grune, no en vano te he conducido fuera de la ciudad, hacia el río, sobre el campo; no a tomar el aire fresco que, gracias a Dios, no necesitamos... Sabes, Grune, una madre, y sobre todo la viuda de un casto «soifer» debe...

—¿Qué debe?

—Debe ser más devota que todas, mejor que todas y velar más por las hijas.

La pálida Grune palidece más aún; sus ojos se inflaman, sus fosas nasales se dilatan, y sus quemados labios tiemblan.

—¡Raquel! — grita.

—Tú sabes, Grune, que te soy buena amiga; pero, y acaso por eso mismo, debo decirte la verdad, de lo contrario no tendría escusa ante Dios. No te cubriré de chismes, pierde cuidado; por mí no andarás en boca de la gente; todo quedará entre nosotras. Sólo Dios en el cielo nos oirá.

—¡Oh, Raquel! no me arrebates el alma.

—Pues escucha, entonces. Ayer al anochecer, bien al anochecer, volvía de la estación y ví, sobre la barranca, sentada, a tu hija Mery...

—¿Sola?

—No.

—¿Con quién?

—¿Qué se yo? Con un señorito... y de sombrero de copa, para mejor... El la besaba en el cuello; ella reía y mas ticaba caramelos...

—Lo sé — dice Grune con voz apagada como si saliera de una tumba. — No es la primera vez...

—¿Lo sabías? ¿Qué? ¿Un novio, acaso?

—No...

—¿No? y tú... callabas!

—Sí.

—¡Grune!

Pero Grune ya está tranquila.

—Ahora, Raquel, calla tú y escucha lo que yo te contaré — dice con voz cortante. Y cogiendo a Raquel de una manga la obliga a que vuelva a sentarse. Escucha — continúa Grune. — Todo te lo contaré; Dios en el cielo nos oirá. (Raquel volvió a sentarse). Cuando mi esposo murió...

—Como hablas, Grune!

—¿Cómo debo hablar?

—¡Sin «que su memoria nos bendiga» y «expiró», se dice!

—Lo mismo dá; expiró o murió, lo han enterrado...

—Llegó a «su postrer morada»...

—Bien. Que haya llegado a su postrer morada; pero a mí me dejó con tres hijas...

—¡Pobre! ni un kaadisch (4).

—Tres hijas, la mayor...

—Genendel.

—Tenía catorce años. A esta edad algunas ya son novias... Nosotros ni pan teníamos; y de compromisos ni que hablar, ya...

—¡!De qué modo hablas, Grune!?

—No soy yo quien habla, es mi corazón dolorido... Genendel, ya sabes, era la doncella más hermosa del pueblo.

—Hoy también...

—Hoy es un limón agrio, ¡una trenza gris! Solo antaño brillaba como el sol... y yo era entonces la viuda del casto «Soifer». La cuidaba como a mis ojos. Sabía que en estos tiempos andan por ahí sastres y musiquillos, compadritos, salteadores y «beis harnidroschnikes» 5) que rondan las ventanas... Pero ¿para qué es una madre? Sabía que una novia debe ser como un espejo... y yo cumplí con mi deber; no la empañó ni siquiera un aliento. ¡Cómo cuidé de ella! No la perdía de vista; no salía sin mí a la calle, y yo siempre moralizándola: no mires acá, no mires allá; aquí no te pares, de aquí no te muevas; no mires como vuelan los pajarillos...

—Y, muy bien...

—Sí, muy bien, admirable — prosigue Grune amargamente. — Pero ven a casa y vé lo que parece ahora. ¡Si, es una verdadera doncella honrada, pero de treinta y seis años! Flaca, los huesos pueden contársele, la piel agrietada como pergamino viejo; los ojos apagados, la cara agria sin una sonrisa; los labios siempre amorotados... Muy a menudo sus ojos apagados arden: es el rencor que se enciende en ellos, es el odio, un odio como un infierno... Y, sabes a quién? ¿sabes a quién ella odia? ¿a quién sus labios maldicen?

—¿A quién?

—A mí, a mí, a su propia madre.

—¿Qué dices? ¿Por qué?

—Ella misma quizá no sabe el por qué, pero yo lo sé! Yo me interpuse entre ella y el mundo, entre ella y el sol; yo he, ¿cómo decirte?, obstuculizado para que el calor y la luz llegaran a su cuerpo...

Noches enteras he pensado en esto hasta que caí en ello. Claramente lo veo. Ella debe odiarme, cada cámara de su cuerpo me aborrece.

—¿Qué dices?

—¡Lo qué oyes! A las hermanas, también, de seguro, aborrece; son más lindas y más jóvenes!

Grune respira dificultosamente, y Raquel, emocionada, no puede concentrar ideas. Lo que oye es algo terrible, es algo peor que estar enfermo, que morir, peor aún, como morir en el altar al desposarse, que es la mayor desgracia que puede ocurrir a los israelitas... Y, sin embargo, Dios todopoderoso, debe ser así.

***

—A la menor, Lea, no he querido tenerla en casa; la coloqué — sigue contando Grune y su voz se enronquece, se entrecorta cada vez más.

—Bastante grité, entonces — recuerda Raquel. Hice varias tentativas para que no la colocaras. ¡La hija de un «Soifer», sirvienta!...

—Quería tan siquiera a ella casarla. Que tuviera un poco de dote... de mis cebollas, con las que yo comercio, no podía reunírselo. Y traté de cuidarla. Ni un patrón le echó el ojo. Ni un señorito quiso hacer un juguete de ella; pero yo soy una madre, ¡una madre cariñosa!... La seguía, la vigilaba; diez veces al día estaba a su lado en la cocina, le lloraba, la aconsejaba moralizándola... ¡Ah, palabras buenas, palabras santas, le decía!... Noches enteras pasaba sin dormir leyendo el «Kav Ayoschor»

cDIrci

(sendero recto) y otros libros sacros en idish, y se las repetía, y algo mío aun agregaba. ¡Qué Dios me perdone!... De tres demonios hice diez. Y ella que era una criatura débil, una tierna criatura casta, se dejaba guiar... Sin el padre a la vista, pálida, con muy poca sangre y con unos ojos humedecidos siempre, tan buenos y tan bellos!, ¡era más hermosa!...

—Hablas, «que su compasión salve», como si se tratara de una muerta.

—Y tú, ¿crees qué vive? Te digo qué no vive!...

Ella juntaba la dote y yo le busqué un marido. Ella, la pobrecita, lloraba diciéndome que no lo quería; que era demasiado tosco, demasiado ordinario para ella. Pero un muchacho noble, decente, no se casa con una sirvienta. Y menos con treinta rublos de dote!...

Di gracias a Dios por el marido que fuera. ¿Un sastre? ¡Qué sea un sastre!

Y vivió con ella un año, le quitó el dinero y la salud y desapareció.

Desnuda, abandonada, me la devolvió, pero enferma de tisis. ¡Ahora escupe con sangre! En el estado en que se encuentra, más que un ser humano parece una sombra; la pobre se arrima a mí como un niño, se acuesta como un corderito, y noches enteras, enteritas, las pasa llorando... ¿Y, sabes por quién llora?

—Por su marido. ¡Maldito sea su nombre!

—No, Raquel. Es por mí por quien llora. Yo la hice desgraciada! Sus lágrimas me caen en el corazón como plomo hirviente; me envenenan sus lágrimas...

Grune queda en silencio, respira con dificultad.

—¿Entonces? Basta, me dije. Que mi tercer hija viva, que viva ella como le plazca. Trabaja en la fábrica 16 horas diarias, gana, apenas, para el pan duro... ¿Quiere confites? Que coma! Quiere reir, bullir, besarse? Sea! Oye, Raquel, sea! Y ya que no puedo darle manjares, dulces; y menos aun un marido, no quiero hacer de ella una trenza gris; no quiero que por mi causa adquiera una tuberculosis pulmonar. ¡No y no! Que «esta» hija ya no me odie; que no llore sobre mí!

—¡Pero, Grune! — grita Raquel asustada — ¿qué dirá la gente?-

—Que la gente tenga primeramente compasión de los huérfanos pobres; que no los hagan trabajar como borricos, gratuitamente. ¡Qué la gente tenga corazón y no utilice a los pobres para esprimirlos como a limones...

—¿Y, Dios? Bendito sea!

Y Grune, levantándose, grita, como si quisiera que Dios en el cielo la escuchara.

¡Hubiera él, entonces, velado por las otras dos!...

Reina una tranquilidad pesada. Las dos mujeres respiran con dificultad, se hallan frente a frente con los ojos chispeantes.

—¡Grune — grita Raquel, finalmente — Dios, Dios ha de castigar.

—A mi no, ni a mis hijas. Dios es justo, castigará a algún otro, sí, a algún otro!

Isaac Leib Peretz.

(1) Soifer—Escritor religioso que escribe en pergamino las escrituras santas.

(2) Ois—Para escribir en el pergamino sagrado que consta de las leyes de Moisés, debía cada elegido para escribirlo, sumergirse en la Mikvo.

(3) Mikvo—Baño, dentro de un pozo.

(4) Kaadisch—Se dice al hijo varón que pide por el alma de sus padres cuando estos fallecen.

(5) Beis hamidroschnikes — Jóvenes que pasan su vida estudiando las escrituras religiosas y acostumbran casarse con mujeres que los mantienen.

# EDUCACION REFLEJA

*Para "La Obra"*

1 Observaciones generales. — Muy pocos son los que se detienen a considerar la procedencia de la mayor parte de sus conocimientos. En realidad, poseemos un caudal inapreciable de nociones cuyo origen desconocemos a menudo, que si nos detuviéramos a pensar sobre ellos, concluiríamos por sorprendernos. Pero nuestra admiración subiría de punto cuando entráramos a reconocer que la mayoría de esos conocimientos, los más difíciles tal vez, no los hemos adquirido por medio de la educación escolar.

Para comprobar nuestra aseveración basta un momento de reflexión sobre la procedencia de un conjunto de enseñanzas, que todo hombre posee sin haberla adquirido en la escuela. Sólo cuando observamos las dificultades de la transmisión de esos mismos conocimientos por medio de la educación sistemática, nos formamos la idea precisa de su valor.

Ante las precedentes observaciones cabe preguntarse ¿de dónde nos vienen esos conocimientos? ¿cómo los adquirimos? ¿cuál es su importancia? ¿cuál su carácter? Tales son los asuntos que debemos dilucidar en este trabajo. Es este un tema vasto, y sería ilusorio pretender presentar un exámen en detalle, pues ello resultaría imposible por el carácter que él reviste, tan variable como las sociedades mismas. Por lo que nos contentaremos con mostrar la verdadera naturaleza del asunto, por medio de observaciones personales, ya que todos sentimos, experimentamos y aprovechamos esta educación.

Para comprender su significación e influencia, bástenos decir que la educación refleja es la que proporciona el medio artificial en que el hombre se desarrolla, vive y muere. Su campo, pues, es inmenso: el hogar y la sociedad, en una palabra. En todos los momentos está presente y en todos obra siempre. Porque a pesar de nuestra voluntad, la educación refleja elabora siempre su obra en nuestros espíritus. No obstante lo dicho, parecería aún pueril y paradojal sostener que la educación sistemática tiene, en el campo de los conocimientos y la enseñanza, la menor parte. Entendemos que la educación sistemática organiza y disciplina nuestras facultades y conocimientos más que cualquiera otra pero en cuanto a la cantidad y facilidad con que se adquieren los conocimientos, es superior, sin duda alguna, la educación refleja.

La facilidad de adquisición de los conocimientos, el caudal superior de los mismos, la eficacia e influencia decisiva que ejercen en nuestros cerebros, son en síntesis, los caracteres distintivos y peculiares de esta clase de educación. Con la elocuencia de algunos ejemplos notables, demostraremos la verdad de nuestro triple aserto. ¿Quién no reconoce, por ejemplo, las dificultades con que se tropieza al estudiar sistemáticamente un idioma extranjero? Pues bien, por medio de la educación refleja adquirimos nuestro idioma irreflexivamente, insensiblemente, con la mayor de las facilidades, y ¿quién desconoce el caudal inmenso de conocimientos que nos proporciona un idioma? El aprendizaje del idioma espontáneamente, es el punto de partida de la enseñanza que opera la educación refleja. él es el instrumento de adquisición de los otros conocimientos.

«Pero hay más, dice Letelier (1) en este sentido, y es que la enseñanza sistemática no tiene alguna eficacia en el estudio de las lenguas, sino cuando imita los procedimientos de la educación expontánea; y con todo eso sus resultados son tan inferiores que un adulto extranjero no aprende jamás una lengua estudiándola sistemáticamente en un colegio, como un niño nacional la aprende estudiándola irreflexivamente en el seno de su familia».

Teniendo en cuenta esta dificultad, se comprende la perplejidad del poeta: «Admirése un portugués», etc.; son reflexiones de buen sentido. Otro ejemplo, y éste ya lo podemos dar prácamente, es el que se refiere al gran número de nociones jurídicas que adquirimos irreflexivamente. Las nociones fundamentales de la legislatura administrativa, derecho político, civil, etc., ya la poseemos antes de haberlas estudiado sistemáticamente.

Es claro que la noción estriba, exclusivamente, en saber como se hace legalmente tal o cual cosa, sin conocer teorías ni escuelas. Pero sin duda alguna, que la materia de la que se tiene más conocimiento reflejamente es el procedimiento. ¿Quién no sabe, en general, ante qué magistrado debe dirigirse tal o cual escrito? ¿cómo se administra la prueba? ¿ante quién y como debe testarse? Más aún, podemos afirmar que en ciertos detalles del procedimiento, son más hábiles los que han aprendido por la educación refleja, que los egresados de la facultad respectiva.

Generalizando podemos establecer que las nociones fundamentales de casi todas las materias se adquieren por educación refleja. Sin temor de equivocarnos, podemos afirmar que la acción de la educación se extiende a todas las esferas de la vida humana, infundiendo conocimientos en todo momento de una manera insensible, pero segura. Calificándola con un término apropiado a su naturaleza, podemos decir que es una universidad popular irreemplazable, universal. Pero, donde esta educación se



hace sentir más aún, es en los pueblos de poca cultura, lo que se comprende fácilmente, puesto que así lo hace todo. Mientras que en los pueblos cultos no se puede apreciar, prima facie, su importancia e influencia, puesto que se completa con la enseñanza sistemática, posterior y paralela a ésta; en las sociedades atrasadas se distingue inmediatamente, ya que es su sola influencia la que impera.

La historia nos presenta pueblos de cultura superior, dentro de la época antigua, que todo o la mayor parte lo han adquirido por educación refleja; ejemplos notables de éstos son Grecia y Roma, pero especialmente la primera. La educación griega fué esencialmente refleja y para darnos cuenta de ello no tenemos sino que echar una ojeada a la historia de su educación, con lo que comprobaremos que la escuela no se hizo sentir en ese pueblo. Esta afirmación obedece a una razón obvia: la escuela no se hizo sentir sencillamente porque, al principio, no la había y posteriormente se cuentan solo como hechos aislados. Idea exacta nos daremos de la influencia que la educación refleja ejercía en Grecia leyendo un pasaje verdaderamente notable y cierto, del eminente Macaulay (2) que no transcribimos por su extensión. En el pasaje a que aludimos nos pinta este autor con hipérbole literaria, pero fundamentalmente verdadera, un día de la grandeza de la magna Grecia: Fidias cincelando su arte divino; una rapsodia que recita; Sócrates, rodeado de gran número de jóvenes que le escuchan, «disputa con el famoso ateo de Jonia, y en corto espacio lo hace contradecirse en los términos mismos de su razonamiento». En otro lugar Pericles habla desde la tribuna popular; luego el pueblo asiste a una tragedia de Sofocles. «No sabemos que exista en los tiempos modernos, termina diciendo el autor mencionado, universidad ninguna que posea tan brillante programa de enseñanza». Tal vez no sea cierto el conjunto, propio de la forma literaria, pero sí, tenemos la certidumbre de que escenas de las relatadas, constituían la vida misma del pueblo griego.

2. «Importancia de la Educación Refleja. — Pensamos, fundadamente, que si la educación sistemática tuviera un campo de acción tan vasto como el de la refleja, sería ideal, por cuanto agregaría a la eficacia, extensión y facilidad del conocimiento adquirido por la educación refleja, el ordenamiento de los mismos. De ahí es que nosotros pensamos que mucho hacen las conversaciones del profesor con sus alumnos fuera del aula, como también las mantenidas por grupos de estudiosos. Todo esto tendería a formar un ambiente de estudio y consagración que, desgraciadamente, no lo tenemos. Creemos que el aula es solo un punto de reunión donde debe irse a concretar ideas y obtenerlas con precisión, para luego discutirlas, asimilarlas y extenderlas fuera de ella. En este sentido, no hay duda alguna, que influye sobremanera una discusión en clase, no tanto por lo que ahí se aproveche, sino por la continuación de la misma fuera de clase. De ahí viene el entusiasmo, el mayor estudio por sostener cada cual sus ideas, y en esa forma, poco a poco, el ambiente del estudio se forma.

Esa es la influencia que solo puede ejercer la educación; pero es necesario preparar el terreno donde debe obrar la acción preponderante de la educación refleja, puesto que según el ambiente ella será buena o mala.

Respondiendo a esa idea es que Condorcet (3) concibió un vasto sistema de enseñanza que abrazara la vida entera del hombre, por medio de una serie interminable de conferencias que proseguirían la obra de educación iniciada por la escuela. Con una reglamentación más minuciosa y metódica, el plan de Condorcet influiría sin duda alguna sobre el espíritu de los educandos de una manera benéfica. La educación refleja en todo, está y en todo obra lenta e insensiblemente: en las reuniones sociales, en los teatros, en las manifestaciones de cualquier índole que ellas sean. Su tarea es trasmitir conocimientos, buenos o malos; no hace distinción. Su inmenso laboratorio es el vasto campo de la sociedad. Teniendo en cuenta esa afirmación, se ha dicho con mucha exactitud: «Todo lo hace y todo lo puede la sociedad».

Victorio M. Delfino.

(1) Filosofía de la Educación. Tomo único, año 1892, pág. 7.

(2) Rapport sus l'organisation de l'Instruction Publique, pág. 12.—Cit. por Letelier, ob. cit., pág. 5.

(3) Estudios Literarios: los Oradores Atenienses, págs. 319 a 321.—Citado por Letelier, ob. cit., pág. 13, nota (h).

## IGUALDAD

*--Salvo una pequeña diferencia que proviene del nacimiento, de la fortuna y de la inteligencia, nosotros, viejo Juan, somos todos iguales.*
*--Oh, sí, señor...*

*Dib. de Heard*

El cristianismo ha tomado partido por todo lo que es débil, bajo, fallido; ha hecho un ideal de la «oposición» a lo instintos de conservación de la vida potente; hasta ha corrompido la razón de las naturalezas más intelectualmente poderosas, enseñando que los valores superiores de la intelectualidad no son más que pecados, extravíos y «tentaciones».

El ejemplo más lamentable es la corrupción de Pascal que creía en la perversión de su razón por el pecado original, mientras que solo estaba pervertida por su cristianismo.

Nietzche.

—

El pueblo! el pobre pueblo gime siempre bajo el peso de las mismas cargas: él sostiene las guerras, mantiene al rey, labora la tierra, pone a provecho lo que ella da; y el fruto de todo esto, ¿le recompensa de estos incesantes beneficios? ¿Cuál es? El sudor, la angustia, la desnudez, el hambre, mientras respira y después un puesto en la fosa común.

Lamenais.

—

El porvenir pertenece al trabajo, hay que estar convencido de ello. La ley social de mañana será el trabajo para todos; trabajo dignificador, igualador y pacificador.

Zola.

—

El hombre no está hecho para mandar, como no está hecho para obedecer: con estas dos costumbres inversas, las razas se atrofian inversamente. Aquí, la estupidez; allí, la insolencia; en ningún sitio verdadera dignidad humana.

Considerant.

# La Literatura en el Teatro

## GORKI y BENAVENTE

Jacinto Benavente en su «Noche del sábado» hace con premeditación un ensayo de lo que podría decirse teatro del mañana. Gorky en «Albergue de Noche» hizo lo mismo, e Ibsen en algunas de sus obras, más en aquellas donde la acción se establece por el movimiento emocional de sus figuras, tuvo idéntica visión del teatro. Prescindieron estos autores del argumento fijo, y en cambio hicieron surgir la trama del choque pasional, producido por la relación de individuos de temperamento y modalidad diferentes que por determinadas circunstancias actúan y se desenvuelven en un mismo radio.

Con estos dramaturgos y Hauptmen, que bordea la misma tendencia con su «Almas solitarias», el teatro toma un carácter netamente subjetivo y literario, sin por ello dejar de ser en su conjunto, virtualmente objetivo.

Hacemos estas consideraciones sin ostensible propósito de cátedra, aunque bien comprendemos que ellas rebajan un poco el concepto de la técnica escénica habitual en los autores locales. Más, profesionalmente, no somos críticos, y así poco puede importarles nuestra palabra.

Se entiende, por aquí, y de tal modo se practica, que la pieza teatral no es hacedera sin trama o argumento preestablecido. El que posee una «idea» la desarrolla bifurcándola a través de episodios graduadores de la acción, y contando con que los personajes amoldarán sus caracteres a los momentos de emoción y situaciones culminantes que informa el asunto se da por terminada la obra. De este modo, fácil es notar que la misión de la figura en el drama o la comedia es la del títere en una pantomima infantil. Debe accionar y decir, no los gestos y palabras propios de un temperamento y un estado de alma, y si por el contrario aquello que le dicta, preestablecidamente, la línea argumental de la farsa.

Esta dependencia de los tipos al asunto es característica de esa época de trivialidad y humor superficial que llenó un momento del teatro francés y español; ofreciéndosenos la culminación del género, con grandeza verdaderamente artística, en autores e intérpretes gloriosos: Tamaño y Baus, Zorrilla y Echegaray y Antonio Vico, que a través de muchos buenos, discretos y malos cómicos, reflejaron su escuela declamatoria y patética en María Guerrero y su esposo Díaz de Mendoza. De modo accidental tragimos a colación el nombre de actores; más es sobre la labor de comediógrafos y dramaturgos que debemos estudiar la influencia que la literatura y la psicología tuvieron en la evolución del teatro.

En el campo de las letras — cuento, novela, poesía descriptiva — de mucho tiempo atrás viénese operando una mudanza de valores, que en la mayoría de veces, se presta a confusiones. Del idealismo, del terriblemente egregio idealismo de las cruzadas del arte por el arte, que encontró su defensa crítica en el talento de Fernando Brunetiére, hasta hoy, el concepto de la realidad estética ha cambiado mucho. Sacudidas las tendencias de novelistas románticos y parnasianos poetas por la embestida brutal de Zola, al que factores de la lucha obligaban a ser intransigente en su naturalismo, cambió mucho el valor ideal de la belleza literaria, gracias en parte a las modalidades realistas que aportaron a la novela Fogazzano y D'Amicis en Italia; Taine, y Willemain con sus críticas, y France, Baudelaire y Maupasant en Francia, Lemonnier en Bélgica, y principalmente en España doña Emilia Pardo Bazán que a favor de la égida intelectual de Clarín, hizo polvareda en Madrid con los artículos de «La cuestión palpitante» que lo era por el año 1898 el naturalismo proviniente de la novela francesa. Zola, por temperamento y circunstancias de su actuación, fué en sus opoiniones, categórico, absoluto; el término medio, la tinta ambigua, el matíz difuso no rezaron con él... Y quizá, ahí, estuvo su error... En el naturalismo vió solo el aspecto objetivo, material, pero como en todas las cosas late el espíritu de la gracia, quizá sin intentarlo, por el poder de la expresión justa y maravillosa que le era propia, ciertos cuadros de por sí poco significantes, adquirieron en su literatura relieves de sencillez enormemente bíblica. En cambio, con los ya citados, otros autores, entre ellos Flaubert, Daudet, Catulle Mendés y el mismo Mirbeau, teniendo por divisa para su arte la frase aquella de «que se llega a lo bello después de conocer mucho lo verdadero», impulsaron las tendencias naturalistas de Balzac, acentuadas por Zola hacia el realismo idealista; esto es, hacia el ennoblecimiento mediante la belleza de todo lo real y tangible.

Sin duda, nos hemos alejado algo del punto de partida; pero la desviación no fué de concepto, y sí de forma, por lo que, entonces, fácil será recoger el hilo de la divagación. Del idealismo de los románticos, venimos a parar en el realismo, aspecto dominante de la literatura moderna; más, al revés de lo que pudiera suponerse el arte en las letras, no perdió en subjetividad, en exencia espiritual, y tan es así que resulta la producción literaria actual un formidable exponente de interiores y psíquicos problemas.

Si el asunto de una novela es netamente objetivo, la preocupación de psicologar del autor, reflejándose hasta en la descripción del cuadro, hace que la obra resulte de prosapia altamente cerebral y subjetiva.

Así entonces, si se llevan también al teatro — cuya visualidad exterior lo define como plástica y objetiva manifestación de arte — elementos sustancialmente literarios, no debemos extrañarnos mucho, puesto que la escena puede y está sirviendo hoy, como exposición de giros y aspectos de una estética representativa de la variante y múltiple cultura contemporánea. Acusan ya muchas obras del teatro francés e inglés — Berstein, Bernard Shaw—una orientación, que por ley de variedad evolutiva, descompone los hechos dándoles acepción convencional, y los convierte, mediante la imágen, en ideas...

Gorky y Benavente, nos ofrecen con las obras citadas una presunción de lo que será el teatro del mañana... En esas intensas novelas habladas están, por el diálogo y la emoción de las situaciones escénicas, los lineamientos de la obra teatral que comprenderán, y quizá sentirán nuestros hijos...

En «Albergue de Noche» la acción es incoherente, absurda, no hay trama establecida. Los diálogos se inician, determinados por hechos simples e impresiones momentáneas; un detalle, insospechado surge, chocan los ánimos, suena la cachetada, hay una fría mirada, ríe el excepticismo su amargura, y en grandes círculos el odio apresa los corazones. No ha pasado nada...

Los episodios que pintan el ambiente se suceden; cada pasión late en un temperamento, a la arácte s ñ los hechos con una impresión de alegría o de rabia... Y de pronto, de las emociones de una vida simple y pobre que es yunque de angustia, salta el hecho culminante, que, dando la clave de los infinitos detalles triviales, descubre su profundidad; y la tragedia aparece terrible, implacable, como un viento de mal que corta los alientos.

Tal, en el quinto acto de «Albergue de noche». Asistimos al dolor silencioso, lacerante, de la existencia vulgar de unos cuantos seres castigados por la vida; y un hombre entra diciendo que acaba de encontrar ahorcado y colgando de un árbol, a uno de los compinches.

Simple el hecho, puede pasar desapercibido; pero aquel que ame la vida por los muchos golpes de ella recibidos, comprenderá que la muerte aquella es el p n o final de un drama veraz y detallista cuyas pulsaciones de dolor y de tragedia latieron en desapercibidos rasgos amargos de aparente insignificancia.

Esta es la obra de arte. Se traza el cuadro, con amplio criterio que permita en visión segura desechar lo superficial de los hechos y juntar armónicamente los caracteres de las cosas; y ya elegidos los tipos, y bien ubicados en su medio, hacerlos vivir con sus almas, gozar con sus corazones, sufrir con sus nervios el tedio de las horas, el hastío de los días inútiles, que, — en la obra de Gorky— se fustigan haciendo bellas y envenenadas paradojas. En el aburrimiento y el cansancio de esa vida arrastrada en que sangran las almas, determinada por las influencias degeneratrices del medio, se improvisa la tragedia, que tiene a lo mejor su atributo en el arabesco de una navaja, que busca el corazón, surge el drama en un gran silencio revelador de males que presenció la sombra.

En la obra de Benavente «La noche del sábado» ocurre explotando otro ambiente, algo parecido... La muerte del príncipe Florencio parece casual, tarea del azar; pero si se observa como paralelo a la abyección de un medio en que luce su explendor el real personaje, corre un espíritu refractario al sacrificio, se encuentra fácilmente el móvil factor de esa muerte que parece ejecutada por el mandato de conjuros fatales.

Muchas cosas más diríamos, pero hemos de terminar. Tienen estas obras para la psicología un interés fundamental... Bien sabido es que los antropólogos italianos deseosos de conocer el pueblo ruso, consultaron reverentes los libros De Dostoywsky y Gorky... Hamón y los inclinados al determinismo, están con este teatro de parabienes; aunque sobre las cosas del corazón, sobre los giros imprevistos dictados desde el misterio del ser interior, siempre ha sido, según algunos, inútil todo asomo de análisis determinista. Hay cosas que la ciencia no puede explicar, — se dice... Y los sabios... a lo mejor justifican el dicho, quedando estupefactos ante el incógnito factor de un hecho baladí.

Y es que la intuición del artista de genio, únicamente puede sorprender en la profundidad de las almas los obscuros movimientos iniciales de las acciones extraordinarias...

Delio Morales.



## LA ILUSION RELIGIOSA

La ilusión agranda y deforma todo.

Si hablo de ilusión es porque ella es la causa de las religiones, que se basan exclusivamente en la ignorancia, el miedo y la ilusión.

Abro la Sagrada Escritura y leo: Dios, creó el cielo y la tierra en seis días, después — cansado de ese inmenso trabajo — el séptimos día lo dedicó a descansar.

En el primer día creó la luz, y en el cuarto el sol. Nosotros constatamos que la luz no existe y no puede existir sobre la tierra sin la presencia del sol. Hasta los poetas, por esta razón, lo llaman el astro del día.

Dios hace de barro el primer hombre, y durante el sueño le arranca una costilla y forma con ella la primera mujer.

Después de todo esto, el hombre debería tener una costilla de menos; en cambio la ciencia señala que él posee en cada uno de sus segmentos vertebrales, elementos por un par de costillas— como para demostrar que entre sus ascendientes, había animales que poseían más de doce pares de costillas.

Dios pone a Adán, el primer hombre, y a Eva, la primera mujer en un jardín delicioso, el Paraíso Terrestre.

Ahí pone también — voluntariamente sin duda — el árbol del bien y del mal y prohibe al hombre tocarlo.

Pero Eva — porque mujer — se deja seducir por el más astuto de los animales, la serpiente. — ¿Por qué había creado ese animal inmundo? — Coje la manzana fatal y la humanidad por esta culpa, sufre y se lamenta desde el principio de los siglos.

¿Por qué Dios ha querido que la generación de la especie sea el mal? La generación es una de las fuerzas más poderosas a la que están sometidos todos los seres, y a la cual nos vemos arrastrados por medio del hambre y del amor.

Continuemos: Josué, arrastra el sol, que es un millón y trescientos mil veces más grande que la tierra, y que se mueve en el espacio con una rapidez de ocho kilómetros por segundo, o sea quince o veinte veces más rápido que una bala de cañón.

La mecánica demuestra que se necesitaría un esfuerzo inconmensurable para detener el sol y que si fuera posible oponerle el globo terrestre para pararlo, el choque convertiría la tierra en polvo.

¿Con qué Jehová, formó todo esto? Con nada. Ahora bien, la balanza del gran Lavoisier ha demostrado que todo cambia, que todo se transforma, pero que nada se crea, ni nada se destruye.

La materia es indestructible, y la materia radiante, el Radium, no ha hasta ahora, anulado esta ley universal. He aquí un pedazo de hielo. No es más que agua al estado sólido; llevado a la temperatura de cero grados, se convierte en agua al estado líquido, que llevada a 100 se transforma en vapor cuya propiedad de dilatación, nos da la fuerza poderosa que hace correr las locomotoras en razón de cien kilómetros por hora.

¿Y el agua misma qué es? El análisis químico nos demuestra que ella está constituída por la combinación de dos gases. Con ayuda de la chispa eléctrica se pueden convertir al estado líquido el oxígeno y el hidrógeno.

Bien, en todas esas transformaciones el químico no ha creado ni anulado nada.

Materia es todo lo que nos señalan nuestros sentidos. Nosotros no la conocemos más que por medio de sus propiedades y por las impresiones que ella comunica a nuestros órganos y a nuestro sistema nervioso. Calor, luz, electricidad, sonido, peso, color,, todo lo que constituye la propiedad de la materia, no son más que formas diversas del movimiento de las moléculas de la materia misma. La fuerza es inseparable de la materia. Como ella es indestructible y como ella se transforma, sin anularse jamás. El calor, por ejemplo, genera el movimiento, pero éste a su vez puede generar a aquel.

La luz del sol almacenada en los bosques inmensos de los tiempos primarios, enterrados en el suelo y carbonizados, reaparece en la combustión de la hulla, en forma de calor que puede transformarse en movimiento por medio de una máquina a vapor; movimiento que a su vez, con la ayuda de un aparato electro-magnético, puede convertirse en electricidad y luz, como en los focos eléctricos.

Bien, las fuerzas vitales, no son diversas de las fuerzas físicas. Las energías que los seres vivientes gastan; fuerzas musculares y fuerzas intelectuales, están íntimamente ligadas con los órganos que las generan. Ellas se forman de la combustión orgánica y en el fondo no son más que la transformación de la fuerza potencial contenida en los alimentos quemados por el oxígeno de la respiración.

El pensamiento no escapa a esa ley. El cerebro es tan necesario a su producción, como los músculos son necesarios a nuestros movimientos. Los músculos queman hidrocarburo, y el cerebro lecitina, o sea substancia grasa fosforjzada. El pensamiento se puede parangonar a la llama de una vela; en ésta no es la estearina que se funde ni la mecha que se quema; en la misma forma en la idea, no es la lecitina cerebral que se quema, pero es la chispa que hace que se produzca esa combustión.

Sin cerebro, no pueden existir: la conciencia, el pensamiento, la voluntad, etcétera.

En los siglos pasados, el hombre no explicaba los fenómenos naturales, sino con la intervención de las influencias sobrenaturales: Júpiter lanzaba el rayo; Febo guiaba el sol en su recorrido; Neptuno, mandaba los huracanes. Necesito explicarse muchas cosas el hombre poblaba el cielo de dioses; pero ahora, esas divinidades que el hombre forjaba a su imagen y semejanza han muerto, la ciencia las ha sustituído con las fuerzas naturales que ningún capricho puede destruir.

Son éstas solamente, que obligan a los planetas, al sol y a las estrellas a recorrer sus órbitas; son ellas que transforman la bellota en roble, y la simple célula en un hombre...

Ch. Debierre.

Prof. de la Universidad de Lille.

## Las Leyes Sociales (Apólogo)

**A los presos y desterrados**

Los hombres eran en aquel tiempo como hermanos, y como un jardín era la vida.

Cada cual y libremente, cuidaba de sus preferidas plantas, que era como cuidar de su propia vida. Las regaba y defendía del sol, del frío y del viento, pues que cada cual había elegido su planta que sintetizaba sus tristezas y sus alegrías, su dicha y su dolor, que era como elegir su misma vida.

Más como humanos, tenían diversidad de pareceres e inclinaciones, y así, de colores distintos y lozanías diferentes, eran las plantas y sus frutos.

Unos de corazón fuerte y alma templada, elegían robustos árboles de fibras duras y troncos vigorosos; otros, sensitivos y soñadores, cuidaban de magnolias superficiales y mirasoles imbéciles; y otros más, narcisos enamorados de sí mismos, de arrogantes inútiles eucaliptos...

***

Nevaba casi todas las noches en el inmenso y humano jardín — y esto que era una desgracia y también era un dolor — destruía siempre una planta, y aquel cuya vida estaba sintetizada en ella, sin un gesto ni una queja, sufría la pena de no dar sus frutos...

Los demás jardineros sufrían con él, y a veces, cuando el árbol era fecundo y frondoso, cerraban filas solidarias para evitar que una nueva nevada y los cierzos del próximo invierno, destruyeran el jardín... Que era como destruir la vida...

***

Como un inmenso jardín era la vida, y los hombres eran en aquel entonces como hermanos...

A. B. G.

Junio de 1915.

***

Lo que sostiene artificialmente el estado de guerra entre los pueblos civilizados, es el interés de las clases gobernantes, es la preponderancia que conservan y que precisamente deben a la continuación del estado de guerra.

El verdadero móvil de toda guerra es siempre el interés de la clase o partido que posee el gobierno, interés que no debe confundirse con el de la nación, o la masa de consumidores políticos; porque la nación gobernada estará tan interesada en conservar la paz, como la clase o partido gobernante en que continúe el estado de guerra.

G. Molinari.

## Bibliografía

*Isaac L. Peretz*

Isaac Leib Peretz, autor israelita, falleció el 4 de abril en Varsovia. Toda su vida la dedicó al desarrollo de la joven literatura Idish, sobre la cual basaba el resurgimiento de un pueblo desfallecido por el decaimiento y la poca difusión del idioma hebreo.

Fué el primero que dejó el frontispicio aristocrático de la literatura hebrea para escribir en idish, el idioma del pueblo, el que se hablaba en las calles y en los suburbios, consiguiendo así reunir al pueblo bajo la bandera de un mismo idioma, el cual ha creado ya a grandes y renombrados poetas y autores.

*La inexistencia de Dios*

Editado por la Biblioteca de Divulgaciones de «El Porvenir del Obrero», de Mahón, traducido por José Prat, hemos recibido este libro del doctor Julio Carret.

El autor subdivide la obra en dos capítulos. En el primero demuestra la inexistencia de Dios, el Dios de las religiones evolucionadas y perfeccionadas, que ha creado los mundos, que los gobierna y que castiga y recompensa por medio de su paraíso y de su infierno.

En el segundo capítulo hace el estudio de como la idea de Dios es de origen humano, es decir, ha sido creado por el hombre.

*Las razas humanas*

Un buen estudio de etnografía descriptiva, comprende el último libro del escritor belga, Georges Engerrand, del cual damos en otra sección, un capítulo sobre las razas actuales, es decir, sobre los tres tipos principales de Europa.

Esta obra ha sido editada por la casa editorial de Publicaciones de la Escuela Moderna, de la cual también hemos recibido el folleto «Anselmo Lorenzo», por Tarrida del Mármol.

*Revista del J. Zoológico*

Hemos recibido el número 41 de esta importante publicación que dirige el Sr. Clemente Onelli, correspondiente al 2.º trimestre, con el siguiente sumario: Idiosincrasia de los pensionistas del Jardín Zoológico, El Director; Pigmentos amarillos y negros en células nerviosas del mono, Dr. C. Jakob; La fauna porteña, C. Onelli; Un caso teratológico, Dr. C. Jakob; Anacronismos de la secreción láctea, C. Onelli; El cinturón periurbano de bosques y praderas, C. Jakob; ¡Y! Picnnicheros de fieles, C. O; La fauna y las alturas, C. O; Vocabulario de un chimpancé, G. Gadeen; El guanaco ante el tribunal de la inquisición, C. O; Disipando errores, C. Onelli; Teru-teru, emblemas de los boys-scout, C. O.; Sobre tambos modelos, C. O.; Los animales en la paz y en la guerra, conferencia de C. Onelli; Bananas porteñas, Movimiento administrativo del primer trimestre.

*El escándalo europeo*

Así titula Sebastián Gomila su obra recientemente aparecida y en la que estudia el presente conflicto europeo.

Sin tiempo para más damos estas líneas. En el número próximo nos ocuparemos extensamente de este nuevo libro.

***

Hemos recibido: Fray Mocho N.º 166; Prometeo, Asunción, Año I, N.º 9; La Voz del Obrero, N.º 5; y Juventud, órgano de la juventud israelita, correspondiente al mes de mayo.

Talleres Gráficos
de "La Protesta"
California 1655 U. T. 317 Boca.
Impresiones en general
LA PROTESTA B. AIRES
Anexo: Librería "La Protesta"
Pídase el catálogo

Talleres Gráficos "La Protesta" - California 1655